

HA

11

OLLER



L. ESGANA

POBRES

PC3941

.05

E88



1020025694



FONDO
NGARDO GOVARRUBIAS

COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN UNDÉCIMO

— x —

El

Esgaña-pobres

ESTUDIO DE UNA PASIÓN

Colección Elzevir Ilustrada

VOLÚMENES PUBLICADOS

- I. — M. HERNÁNDEZ VILLAESCUSA. — *Oro oculto*, novela.
II. — VITAL AZA. — *Bagatelas*, poesías.
III. — ALFONSO PÉREZ NIEVA. — *Agata*, novela.
IV. — NILO MARÍA FABRA. — *Presente y futuro*.
Nuevos cuentos.
V. — FEDERICO URRECHA. — *Agua pasada*.
(Cuentos, bocetos y semblanzas).
VI. — EMILIA PARDO BAZÁN. — *El Tesoro de Gastón*, novela.
VII. — M. MORERA Y GALICIA. — *Poesías*.
VIII y IX. — ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS. — *Cuadros de la fantasía y de la vida real*. Tomos I y II.
X. — CONDE DE LAS NAVAS. — *El Procurador Yerbabuena*, novela.
XI. — NARCISO OLLER. — *El Esgaña-pobres*, estudio de una pasión.

EN PREPARACIÓN

- ANTONIO DE VALBUENA. — *Santificar las fiestas*, cuentos.
CARLOS FRONTAURA. — *El cura, el maestro y el alcalde*.
MIGUEL RAMOS CARRIÓN. — *Zarzamora*, novela.
ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS. — *Cuadros de la fantasía y de la vida real*. Tomo III.

Y OTROS DE

- ALTAMIRA (RAFAEL).
AZA (VITAL).
BECERRO DE BENGUA (RICARDO).
MARINA (JUAN).
OCHOA (JUAN).
OLLER (NARCISO).
THEBUSSEM (DR.).
VALERA (JUAN), ETC., ETC.

Narciso Oller

— x —
El

Esgaña-pobres

ESTUDIO DE UNA PASIÓN

Premiado en los Juegos Florales de Barcelona
de 1884

VERSIÓN CASTELLANA

DE

RAFAEL ALTAMIRA

Ilustraciones de

JOAQUÍN MIR



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

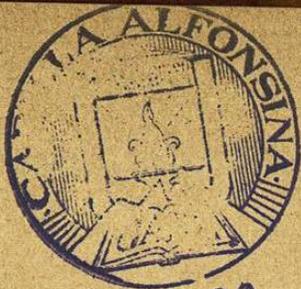
223, CORTES, 223

MDCCCXCVII

1897

099902

33244



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

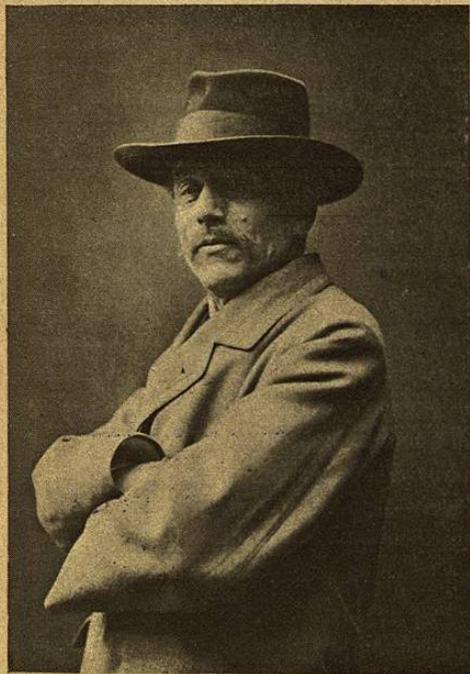
PC 3941

05
E88

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO I"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Prólogo del traductor

Para los espíritus escrupulosos y amigos de la exactitud, suele ser la traducción de un libro materia de más graves y nimias preocupaciones que la tarea de escribir otro original. Compréndese que así sea, ya que en la obra propia el autor es libre, puede sortear las dificultades y apreciar, de insustituible modo, el tono, la intención y los matices de su pensamiento y de la palabra que escoge para expresarlo; mientras que, tratándose de producción ajena, encuéntrase desde luego con la necesidad de una *interpretación* constante, — ya que, como

decía Savigny, la interpretación es exigencia continua de la vida intelectual; — y, á la vez, la sinceridad artística le ata inevitablemente á cada dificultad, sin que le sea lícito cortar el nudo para concluir más pronto. Todo esto, además de los problemas ordinarios de toda traducción, que se originan aún en el caso de trasladar un escrito propio á lengua distinta de aquella en que primeramente se escribió.

Los problemas son mayores cuando la versión ocurre entre dos lenguas afines, en que las divergencias parecen tanto más difíciles de reducir cuanto mayor es la proximidad de los troncos. En la lengua de mi país, el valenciano, — que no es un *dialecto* del castellano como el vulgo cree, aunque sí una modalidad regional de otra lengua romance, hoy muy bastardeada, especialmente en mi región alicantina, — hay muchísimas voces y frases completamente imposibles de

traducir á la lengua de Lope y Fray Luis de León; y tal vez por estar nosotros empapados de los más finos matices de cada palabra, — siendo con esto capaces de notar sutilmente las diferencias que tienen con las que parecen á primera vista sus sinónimas en castellano, — antójase nos que la proporción de vocablos intraducibles es mayor entre la lengua por antonomasia llamada «española» y las demás peninsulares, que entre aquélla y cualquier idioma extranjero. Probablemente, lo único seguro que en esto hay es que cuanto más difieren los idiomas más libre es el traductor y menos disuenan sus licencias, contentándose, el lector y el autor, con mayor dosis de *adaptaciones*.

Valga todo lo dicho para explicar nuestras vacilaciones y problemas en la presente traducción. Es preciso acometer obra semejante para advertir las diferencias que existen entre el catalán y el castellano, diferencias que

en la simple lectura, — mientras cada cual va traduciendo para su capote, como quien dice, — no suelen verse.

La primera dificultad con que tropezamos fué el título catalán de esta novela. *L' Escanya-pobres* me pareció, á primera vista, no tener traducción literaria en castellano, es decir, traducción que conserve, en una frase castiza ó recibida por la generalidad, toda la intención y la fuerza de la frase catalana. Literalmente es: *El ahoga-pobres*, significando el verbo *escanyar*, «ahogar,» «estrangular» y también «escatimar,» acepción que aquí no puede aplicarse. Una vez leída la novela, compréndese perfectamente el valor de aquel título, mote aplicado á un sujeto que medra á expensas de los pobres, de los arruinados, chupándoles poco á poco los restos de fortuna y el producto de su labor diaria, ahogándolos lentamente á fuerza de dar vueltas y apretar de continuo el dogal de los intereses usurarios, las

ventas á retro y demás infamias de los avaros sin misericordia. La frase catalana tiene un valor plástico,— evocando la imagen del que materialmente echa las manos al cuello de un prójimo y las va apretando, apretando,— que ninguna frase ni palabra castellanas me parecía traducir fielmente.

La voz «usurero» es poco enérgica, demasiado genérica. Las versiones literales de «estruja-pobres,» «esquilma-pobres,» etc., ni son usuales, ni resultan naturalmente acomodadas á la índole del idioma. Otras voces como «sanguijuela,» «carcoma,» etc., se apartan aún más del original, incluso la de *vampiro*, que algunas veces se emplea para designar á los usureros, pero que tiene un saborcillo erudito y pedante que la ridiculiza ó la eleva demasiado para el común de las gentes.

Por un momento hubimos de acariar la idea de restaurar la palabra *mohatrero*, que usa Mateo Alemán en sus *Aventuras de Guzmán de Alfar-*

che, explicándola así (1): «Gente maldita son *mohatrerros*; ni tienen conciencia, ni temen á Dios.—Una cosa sola diré: haga un hombre su cuenta y tenga necesidad en que se haya de valer de solos doscientos ducados; hallará que si solos dos años los trae de *mohatra*, montarán más de seiscientos.»—En la Jerga (*Germania*), *moa* es moneda y parece elipsis de *mohatrero*,—añade el señor Salillas, —lo que indica que este término fué caracterizadamente popular. Para adoptarlo, no obstante, en nuestro caso, hay dos inconvenientes: 1.º Que el vocablo no es hoy popular, ni siquiera usual entre los escritores, y no parece ocasión la más propicia para restaurarlo la de titular una novela; 2.º que la palabra catalana es *mote*

(1) Edición de Rivadeneyra, página 331, col. 2.ª, lín. 14 y siguientes. Esta nota la debemos á la ilustración de nuestro querido amigo, don Rafael Salillas, maestro en los estudios de lingüística truhanesca.

popular, y sería impropio y contrario al realismo de la narración traducirla por otra que, lejos de tener la cualidad, sonaría extrañamente en muchos oídos castellanos.

Más fuertes y decisivas razones abonaban para rechazar los títulos nuevos y abstractos, como *Los avaros*, *Avaricia* y otros tales.

Nos inclinábamos ya á la adopción de la palabra compuesta *Chupa-bolsas*, que tiene aire popular, sentido análogo á la catalana y fácilmente comprensible para todo el mundo, cuando llegó á nuestras manos la opinión autorizadísima de don Antonio de Valbuena, para quien el título de la presente novela, *L' Escanya-pobres*, debe traducirse, sin vacilación alguna, por el de *El Esgaña-pobres*, «que tiene la misma gracia, la misma fuerza, la misma vigorosa expresión que el original.» Fúndase el señor Valbuena en la existencia en castellano del verbo *esgañar* que, si no figura en

el Diccionario de la Academia, es «conocidísimo y popular» en el reino de León, en Castilla la Vieja y en Extremadura. «Si te mueves, te esgaño,» suele decir un muchacho á otro á quien tiene cogido por el cuello. — «Le agarró por el pescuezo, y á poco más le esgaña,» se oye decir con frecuencia refiriendo una riña; hasta hay una manera de atar la carga en los carros, especialmente las vigas, que se llama á *esgaña-perro*, y consiste en echar una vuelta de sogá por encima y apretar luego los dos ramales con otra vuelta por debajo de la viga.» En todos estos casos, según se ve, el verbo *esgañar* tiene igual acepción que el *escanyar* catalán: apretar la garganta, matar privando de respiración, apretando la garganta, estrangular.

Verdad es que si el uso del verbo *esgañar* en su acepción directa resulta comprobado, no así el de su acepción figurada, que es la que tiene en la

frase *esgaña-pobres*, como tampoco el carácter popular de ésta en iguales términos que el de la catalana, que no es invención del señor Oller, sino cosa corriente en boca del vulgo de su país. Pero basta la existencia y empleo frecuente del verbo en castellano para que sea posible la formación de la palabra compuesta, y no quepa rechazarla por ajena á la índole del idioma; y como, por otra parte, es la única que viene á satisfacer las condiciones buscadas en punto á significado, fuerza gráfica, etc., ofreciendo además la ventaja de mantener la impresión visual y fonética del título original, nos hemos resuelto á adoptarla, aun á riesgo de causar extrañeza á los lectores (tal vez numerosos), para quienes la noticia de existir el verbo *esgañar* en castellano sea novedad extraordinaria, como lo fué para nosotros mismos, según hemos declarado con toda franqueza. — No en este punto, sino en la forma-

ción de la palabra *esgaña-pobres* (en que nos acompaña la opinión valiosísima del señor Valbuena), sírvanos de motivo para merecer la benevolencia de los puristas, que tal vez no se avengan unánimemente á nuestra decisión, el buen deseo que tuvimos de acercarnos todo lo posible al significado, y demás condiciones del título original.

En el curso de la novela no han sido escasas las dificultades, originadas por los motivos ya expuestos en las primeras páginas de este prólogo, y por el carácter realista de la obra, en que se usan á cada momento frases, locuciones y palabras de uso vulgar, muchas de ellas desusadas ya en los grandes centros de población de la comarca catalana. Hemos procurado imitar fielmente el tono de la narración y reflejar el estilo del autor cuanto lo permiten las diferencias de ambos idiomas; y sólo hemos roto esta ley en beneficio de la corrección y armonía del lenguaje, para evitar,

verbigracia, cacofonías, asonancias y violencias de dicción, que de seguir en absoluto el texto original se producían en castellano. Estas licencias forzosas son, sin embargo, poco frecuentes.

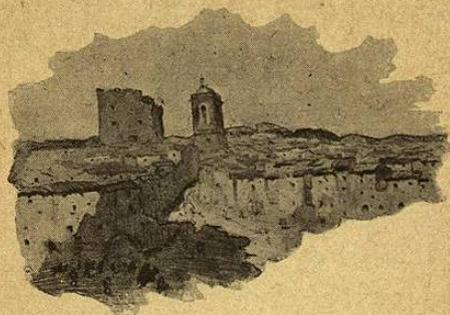
Ha sido también causa de variaciones, la sobriedad grandísima que en muchos casos tiene la lengua catalana y que el señor Oller, no sólo respeta, sino que, á menudo, acentúa. Esta sobriedad era imposible mantenerla en la traducción, so pena de caer en obscuridad nociva ó en giros que repugnan al idioma castellano. Nuestro respeto al original es, no obstante, tan escrupuloso, que más bien creemos haber pecado en este punto por carta de menos que por carta de más: á lo cual nos ha impelido, también, la preferencia que sentimos hacia la concisión y sobriedad en el decir, cualquiera que sea la lengua que se maneje.

Para el mejor acabamiento de nues-

tro trabajo no hemos perdonado investigación ni consulta que nos parecieran necesarias; así y todo, alguna vez han podido más las dificultades que nuestro deseo, obligándonos á resolverlas provisionalmente, en forma que no nos satisface ni poco ni mucho, aunque tal vez no quepa otra, en rigor; por todo lo cual, tenemos la evidencia de que abundarán las imperfecciones, y por ellas pedimos perdón al lector que, debido á nuestra insuficiencia, no podrá saborear sino un remedo inhábil de la hermosa novelita de Narciso Oller.

RAFAEL ALTAMIRA.

Alicante y Agosto 1897.



I

Los mercados de Pratbell, de tradicional nombradía, llegaron á su más alto grado de esplendor en las proximidades del año 50 de nuestro siglo. Acababa de inaugurarse el trozo de carretera de Madrid á la Granada, que pasa por Pratbell; y siendo precisamente esta villa punto de parada y relevo, bien pronto alcanzó las ventajas de semejante novedad. Los trigos de Urgel y de Aragón aflúan allí á torrentes en los carros, y era negocio seguro no dejarlos pasar más adelante, puesto que la localidad estaba provista de saltos de agua y de buenos molinos. Así ocurrió

que, en un santiamén, el espíritu emprendedor de las gentes de Pratbell comprendió la jugada, y llenó el pueblo de almacenes de granos, abriendo silos pared por medio de los lagares.

Uno de los almacenes que llamaron la atención desde el primer momento fué el que abrió Olegario en la calle de la Roca, al lado del portal Grande y á veinte pasos del Pósito. Porque, ¿quién era Olegario? ¿Con qué medios contaba? He aquí las preguntas que todo el mundo se hacía, el enigma que preocupaba á los de Pratbell cada vez que pasaban por la calle de la Roca. ¿Olegario, aquel muchacho trajinante, nacido Dios sabe dónde, que hasta entonces había conducido mulas? ¿Si es más pobre que una rata! ¿Si todavía lleva en los pelos vestigios de los pajares en que durmiera! ¿De dónde ha sacado el dinero?

Era verdaderamente extraño que mientras los demás trajinantes, hijos de la villa, vetanse obligados á emigrar ó recurrieran á oficios más bajos, aquel forastero desconocido tuviese ánimo y fuerzas para abrir un almacén. Había quién, para

explicarse el misterio, recordaba la fama de mezquino que entre los del gremio disfrutaba Olegario, y lo mostraba á sus hijos como ejemplo, digno de imitarse, de previsión y ahorro. Otros, maliciosos que nunca faltan, atribuían aquella riqueza á cualquier picardía; recordaban en voz baja que, tiempo atrás, un viajero á quien Olegario acompañó al Remedío, murió despeñado, sin que la mula sufriese ni un rasguño... ¿comprende usted? No faltaba quién considerase al nuevo almacenista como testafarro de algún marrajo que Dios sabe con qué fines no quería dar la cara. En fin, los que se tenían por más avisados, explicábanlo todo con la momentánea omnipotencia de la ambición, confiando al tiempo los malos pronósticos que, como quien nada hace, echaban á volar.

Pasaron meses, pasaron años, y el almacén seguía abriendo y cerrando sus puertas con el sol, sin padecer eclipses ni nublados. Muy de mañana plantificábase Olegario en el umbral de la puerta, y, recostado sobre los sacos de muestra, aguardaba á los compradores, vestido de rayadillo en el verano, de pana en el

invierno, siempre con los mismos trajes de cuando era arriero, siempre con el mismo pañuelo charro de seda arrollado á la frente, ó con la barretina obscura, más sudada y descolorida que la de ningún pobre. Saludaba á los vecinos con un «Buenos días» ó «Vayan con Dios:» y si los compradores no madrugaban, metíase bien pronto por las profundidades del almacén, desde donde, «echando cuentas,» vigilaba sin ser visto los repletos costales que el sol iluminaba oblicuamente. Acercábanse los labradores, cogían una muestra del trigo en la palma de la mano, tanteaban su peso, lo hacían ondular, lo soplaban, lo dejaban caer de una mano á la otra como hilo de oro y si, gustándoles la mercancía, dirigían su mirada encandilada hacia el interior, no tardaba un segundo en salir el amo de su escondrijo, listo y cauteloso, como la araña de su agujero.

Era alto y huesudo, pero flaco y de cabeza pequeña. Á fuer de moreno, tenía el cabello negro, siempre rapado, y negras eran también las pupilas de sus ojos, frías y escudriñadoras mientras escuchaba,

chispeantes ó dulces, según requería el tono de sus palabras. Casi enteramente lampiño, tenía, no obstante, gruesas cejas, unidas sobre la nariz, larga y esquinada. Pero lo que caracterizaba más aquella figura era la boca, pronunciada hacia adelante como



la del hurón, con labios tan delgados y ceñidos al hueso, que no los abría sin producir el efecto de que enseñaba los dientes para morder. Disponía igualmente en contra suya cierta oposición, evidente al primer golpe de vista, entre sus movimientos reposados y su temperamento nervioso. Al verlo tan desmedrado y enjuto, presentábase en él la agilidad traidora del gato, y hacía pensar: —¿cuándo sacará las uñas? ¿cuándo saltará sobre mí?— Y sin embargo, nunca las sacaba, nunca reñía ni enardecíase, nadie le había visto perder aquel andar de gato

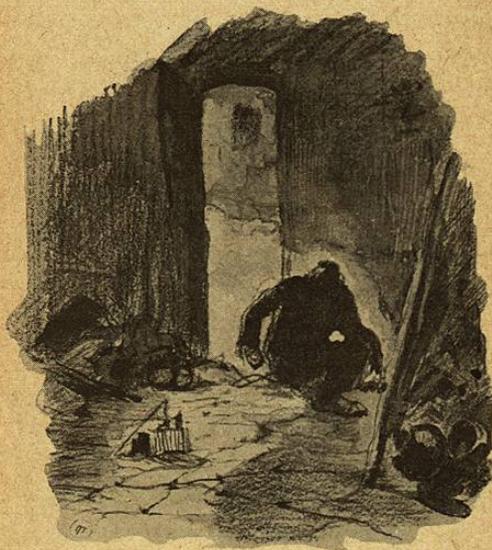
perezoso, ni sus costumbres metódicas de siempre.

Con eso y todo, gozaba de muy pocas simpatías. Espiábanlo los vecinos día y noche, y por un efecto más sentimental que razonado, odiaban la vida de aquel hombre. Nadie podía acusarlo de cosa mala, excepto de aquel despeñamiento del viajero que iba al Remedio, y del cual era problemático que fuese responsable; pero á los afectos no hay que buscarles razón de existencia. Alegaban unos el aspecto de mosquita muerta, otros el hablar gatzmoño, los de más allá que no podían contemplar sin reconcomio el sistema de vida raquítico y severo de aquel hombre.

Y realmente, su modo de vivir era, á la vez, miserable y misterioso. Ni una mala criada, ni un sirviente para las faenas más groseras de su industria. Él mismo ayudaba á cargar y descargar los sacos de grano y harina que entraban en su almacén; barría con una mala escoba la cascarilla del suelo, pasaba la rasante por las medidas y llenaba ó vaciaba los atajadizos y el silo. Despechugado y afanoso cuando convenía, trabajaba hasta no po-

der más; y si le era forzoso salir de casa, cerraba la puerta y se metía la llave en el bolsillo.

Toda su habitación consistía en estre-



cha y obscura trastienda que había en lo más hondo del almacén, iluminada tan sólo por un patio raquítico y húmedo, lleno de trastos viejos, ollas ahumadas y una ratera donde, todos los días, venía á

morir un par de ratas grandes como conejos. Los sábados por la tarde llenábase de humo aquel patio. Los vecinos averiguaron que entonces cocía una caldera de gachas, y que al día siguiente repartíalas en siete platos de barro, de los cuales consumía uno cada noche. — «Se come la sopa fría,» — decían. Y esto era lo único que cenaba Olegario.

Para comer estaba abonado á la posada de San Roque. Allí acudían los labradores más apurados, los carreteros más jugadores, y Olegario iba para anticiparles dinero, á real por duro. En punto al dormir, puesto que nadie hubiera traspasado los límites de su obscura habitación, era imposible saber cómo se las arreglaba el miserable almacenista. Sólo *atribuyéndole* un lujo exagerado, atrevíanse algunos á suponer que se acostaba en un jergón, sobre un catre; otros presumían que encima de sacos viejos; los más inclinábanse á creer que en una jáciga de paja ó en los montones de cascarilla formados por el barrido.

Ni bailes, ni romerías, ni giras, ni funciones de iglesia rompían el ritmo ma-

temático de aquel reloj; siempre dentro del almacén, señalando el mediodía con su ida á la posada, la puesta del sol con el chirrido de las pesadas puertas, que permanecían cerradas hasta que el día disipaba las tinieblas de la noche. La única casa que frecuentaba era la del notario Xirinach, quien le redactaba las escrituras de préstamo con que ponía el dogal á los apurados y á los jugadores, en su mesa de bayeta despintada, llena de papeles polvorientos, serrín y plumas de ave.

También pasaba el señor Xirinach plaza de avaro, no siéndolo sino por reflejo de su mujer. En otras manos, don Magín Xirinach hubiera sido, simplemente, un hombre previsor, ó si se quiere, un hombre interesado como tantos hay; incapaz, no obstante, de vivir con la mezquindad á que le reducía aquella mujer, verdadera encarnación de la avaricia más cruel y refinada. El flaco del notario no era el dinero por el dinero mismo, sino la codicia de la propiedad. Débil de complexión y de natural medroso, era de esos que piensan siempre en las contingencias de la suerte y en la vejez, de la cual estaba ya cercano.

Para asegurarla contra las inclemencias de la miseria, se hubiera pasado la vida comprando fincas; pero supeditado á doña Tula, que era de genio dominante y terco y llevaba los pantalones en la casa, el pobre hombre tenía que alcanzar sus fines por otro camino mucho más tortuoso y largo. Prestaba dinero á crecido interés, porque ella así lo quería; y él soñaba siempre con el momento de entablar juicio y cargar con la hipoteca.

La posesión de la cosa hipotecada le hubiera contentado más que el dinero. No así á doña Tula; de aquí disputas continuas en el seno de aquel matrimonio. No obstante los esfuerzos del notario, la suerte se mostraba siempre más favorable á doña Tula y á los deudores: cumplía el plazo y éstos pagaban á tocateja; el capital había aumentado y la finca se le escapaba una vez más de entre los dedos. Compañera de su debilidad de carácter era la desconfianza que tenía en su propio valer. Era de los que gritan en el primer momento, bajan pronto sus humos y acaban por admirar siempre la fuerza de voluntad del contrincante. Por

eso, no obstante ser víctima de doña Tula, sentía por ella especial adoración. La avaricia de esta mujer, con ser enorme, no traspasaba, á los ojos de aquel marido ofuscado, los límites de una economía muy prudente. Doña Tula era, para él, modelo de mujeres económicas, de mujeres de su casa.

Por lo que toca al almacenista de granos, don Magín lo estimaba como el labrador al árbol que crece con sus riegos. Él le había dado la mano, lo veía crecer, y, poniéndolo en camino de fincar, forjábese la ilusión de que se ponía él mismo, ó á lo menos saboreaba las dulzuras de aquella situación.

Durante muchos años, pasó Olegario las tardes de los domingos en aquel despacho tapizado por una doble pared de protocolos y pergaminos polvorientos.

—¿Cuánto dinero debe representar todo eso? ¿cuántos testamentos y contratos llenos de números, eh?

El señor Xirinach chupábase el bigote lacio y despeinado, limpiábase el herpético carrillo, arrugaba la nariz y, lanzando una mirada ideal por encima de sus anti-

parras azules, respondía con melancólica voz:

—¡Ya puede usted decirlo, ya! Si tuviésemos todo el dinero de que ahí se habla, sería yo dueño de media Cataluña.

Más de cuatro y de ocho veces repitieron este diálogo, como si se pasasen por la boca un dulce, mientras doña Tula, agitando con menosprecio la cabeza, des- embarazaba de objetos la mesilla del es- cribiente.

Quitados papeles y tintero, la sacudía el polvo con un pañuelo de hierbas arrancado de la bata de su marido, á pesar de los refunfuños de éste, que se repetían todos los domingos; sacaba una baraja de cartas sucias y abarquilladas como tejas y «¡andandol ¡ya estamos listos!» El notario, con su gorrete sudoroso, de rotos bordados, sus antiparras azules y su despeinado bigote, sentábase frente á frente de su costilla. Ésta, con su cara de pergamino arrugado, comprimida hasta detrás de las orejas por los *bandeaux* de su peluca, iniciaba invariablemente una disputa sobre si el juego sería un solo, una brisca ó un truquiflor. Como era tan *chinche* (palabras

del notario) hacía su *santa voluntad*, que en este caso quería decir la brisca, y la paz reinaba entre los contendientes hasta que era llegada la hora de pagar, que, según parece, era en la que el vencedor de la tarde empezaba á refunfuñar,

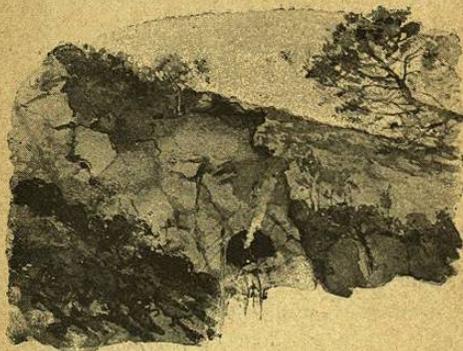


negándose á recibir como trofeos de la victoria ochavos lisos por cuartos y cabezas de clavos por ochavos. Momento había en que los tres jugadores, todos á la vez, se levantaban de sus sillas, resguardando con el puño cerrado sobre la mesa el correspondiente montoncillo de calderilla; pero ante el conflicto de merma tan grande, el ganancioso solía ca-

pitular, admitiendo cabezas de clavos y ochavos lisos. «Quien endura, caballero va en buena mula,» solía decirse cada cual para sus adentros. Y mofábanse unos de otros creyendo haber explotado á los demás.

Entretanto menguaba la luz del día, obscureciendo el reducido escritorio. Olegario apresurábase á despedirse para poder llegar todavía entre dos luces á su casa, y los vecinos, al verlo entrar, solían murmurar entre dientes con ironía más cándida que fundada:

— Ya va á comerse la sopa fría.



II

El ferrocarril, aquel ferrocarril tan deseado, que se estrenó en Pratbell el 15 de Junio del 65 á són de campanas y estruendo de músicas, acabó pronto con los antiguos mercados. Las pesadas galeras de Urgel y de Aragón no volvieron á verse por allí; las caballerías de Verdú tampoco, los almacenistas de granos hubieron de cerrar sus tiendas, los chalanos emigraron; aquel bullicio de invasiones forasteras dejó de romper periódicamente el reposo de las calles de Pratbell. Un

sueño eterno pareció haberse apoderado de la villa, el sueño que pesa sobre las poblaciones rurales. En medio de esta quietud, resonaba con cierta tristeza el silbido potente de la locomotora, voz de alerta de una civilización ruidosa y atareada.

Entonces animábase la estación un poco, los vecinos del Arrabal curioseaban



por las ventanas, los escasos labradores, esparcidos por el llano como figuritas perdidas, se enderezaban y permanecían emboados, con las manos cruzadas sobre los aperos de labor. Por debajo de tierra,

por el túnel de Malgual, aparecía, envuelto en humo, el tren, indeciso, negro, reducido de tamaño, como juguete de feria, por la distancia y por la magnitud de las montañas que le servían de fondo.

Corría, corría, y sólo refiriéndolo á puntos fijos conocía el espectador que avanzaba. Pero así y todo llevaba consigo cierta majestad, á la vez atractiva é imponente, que obligaba á mirarlo. En su camino era caprichoso y juguetón. Tan pronto mostraba á lo largo su quebrada silueta en campo abierto, ante el luminoso horizonte, como se presentaba de frente, con blanca y greñuda cimera sobre la cabeza y los redondos ojos chispeantes, ó se enfrascaba por entre cañares y arboledas, ó metíase por un cerro cortado, sobre el cual se arrastraban al momento fantásticas humaredas. A ratos oíasele gritar quejumbroso, á ratos resoplar con fuerza; y á medida que se acercaba, la tierra estremecíase bajo los pies, la máquina adquiría mayores proporciones, su empuje hacíase imponente. De pronto, salía de otro desmonte, lanzando al aire un silbido más vivo y largo, al que respondía la campana de la estación; enfrenaba el empuje, y por encima del geométrico talud desfilaba sobre las delgadas ruedas la interminable serie de vagones, repletos de sacos, barriles, carbón, maderas, hierro

y maquinaria. Los vagones chocaban unos contra otros como si estuvieran mareados, su rodaje rechinaba con tan copioso peso. Conducían ellos en un viaje más que la villa traficaba en diez mercados; y sólo algún día, mientras la máquina tomaba agua, eran enganchados á la cola dos ó tres vagones que encerraban las sobras de Pratbell. Pocos minutos después huía todo aquel convoy de riqueza con un grito de salvaje orgullo, dejando pasmada á la villa, vacía y solitaria la estación, como caja abandonada en medio del campo.

Los vecinos de Pratbell que se asomaban á las ventanas sentían entonces cierta impresión de algo imponente y triste, aun cuando el tren fuese de pasajeros. Ver todo aquel conjunto de desconocidos, que se mostraba indiferente en las ventanillas: señoras con trajes rebuscados, quintos que entonaban canciones extrañas, muchachos descomedidos que saludaban en tono de burla, caballeros que corrían del tren á la estación y de la estación al tren, empujándose, atropellándose; contemplar cómo toda aquella gente volvía á entrar en caja al sonar los sordos golpes de las porte-

zuelas y con qué desdén partía, llena de gozo, sin ver á Pratbell más que de refilón, era fastasmagoría antipática que ofendía el patriotismo y amargaba el sentimiento de fraternidad. ¿De dónde venía, á dónde iba aquel trozo de Humanidad tan indiferente para con el otro trozo? Hubiérase dicho que era una pesadilla, repetida cada tres horas para interrumpir la paz de los de Pratbell, pasándoles ante los ojos linajes y linajes de un mundo nuevo y alocado, que vivía viajando eternamente.

—Aquí lo tenemos, ya lo ve usted, Olegario,—decía una tarde el notario Xirinach yendo por el camino de la estación, cuando todavía resonaba en el espacio el estruendo del tren de mercancías que se alejaba vía arriba.— ¡Y tan criticados como fuimos por no contribuir á las fiestas!

— ¡Siempre me reí de eso!

El notario se paró, y apuntando con el bastón hacia la vía, añadió sentenciosamente:

— Siempre el pez grande se comerá al chico. Eso es como peste para los pueblos. Téngalo usted por regla: siempre el pez

grande se come al chico... ¿Dónde va ese tren? A saciar las poblaciones grandes... ¿Qué es lo que crece en estos tiempos? Las poblaciones grandes... ¿Ve usted acaso aumentar ninguna villa, ningún lugarejo? No: siempre el pez grande se come al chico. Bien pronto será esto un despoblado. La tendencia de la civilización moderna es á concentrar. Ya lo ha visto usted... de sus compañeros, el que no ha muerto se ha ido á Barcelona.

—Es lo que yo les decía, don Magín; haced que venga el ferrocarril y el trigo se volverá tizón.

Y continuaron andando, el notario chupando el puño de plata de su bastón, Olegario con las manos cruzadas á la espalda, sujetando un manojo de sarmientos.

El camino hallábase desierto; cubríalo un fango encarnado y vidrioso que crujía bajo los pies. A la parte de arriba destacaba el pueblo su agujereada silueta, con su castillo de almenas y su campanario románico, sobre un cielo rojizo, otoñal, que iba palideciendo por momentos. La sierra vecina, teñida de azul obscuro, derramaba sobre el llano misteriosa

sombra. Un vientecillo Norte bastante fresco hacía dar saltos bruscos á las hojas secas, como si fuesen pájaros heridos, y en sus fuertes embestidas, llenaba la tierra de rumores de arañazos. Entonces los pelados sarmientos que daban al camino crujían, retorciéndose violentamente y parecían azotar á los escasos pámpanos muertos que aún conservaban. Un presentimiento de invierno, preñado de melancolía y de crudezas, se apoderaba del corazón. El señor Xirinach levantóse el cuello de su levita color de pasa, se aseguró las antiparras azules y encasquetóse bien el sombrero de copa. Olegario, de un salto, metióse por tercera vez en la viña de al lado y salió luego con nuevo puñado de sarmientos.

—¡Qué afición al robo! —exclamó sonriendo el notario.

—Nada de eso; es la época de sarmen-
tar. ¿Quién sabe de dónde proceden?

—Ya tiene usted para encender el fuego, ¿eh? —añadió el notario con fruición bien manifiesta. —Así se hace fortuna, Olegario: los animales nos dan el ejemplo; mire usted las hormigas. Con sólo reco-

ger lo que dejan los descuidados ¡qué caudal!... Parece que el viento calma; podríamos sentarnos un poco.

Antes que él, llegó Olegario á un pedregal próximo á la villa, y mientras ataba en haz los sarmientos cogidos, oyó con sorpresa la siguiente pregunta del notario:

—¿Por qué no se casa usted?

—Nunca he pensado en ello.

—Comprendo que no pensara usted mientras iba asentando los cimientos de su casa; pero hoy que posee usted La Coma, el Huerto de los Mínimos, las Paradas de Arriba, en una palabra, que tiene el riñón cubierto; ahora que ha de cerrar usted la tienda, que anda usted cerca de los cuarenta años y que quiere convertirse en labrador, debe pensar en ello.

—¿No hay más que hacer sino casarse? ¡Buen regalo me ofrece usted!

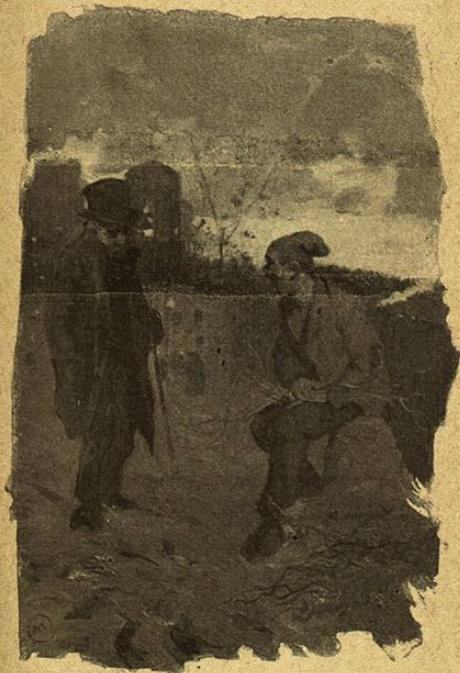
—¡Hombre! yo le propongo un casamiento como Dios manda. Busque usted su conveniencia: una mujer económica es un gran apoyo.

—A quien se casa, la bolsa le queda rasa.

—Escoja usted bien la mujer y la tendrá más llena. ¡Ah, si es de puño en rostro, no hay hombre que la aventaje! Mire usted la mía.

Y aquí empezó don Magín á hacer tal elogio y explicación de las virtudes domésticas de Tula, que no había más que oír. En veinte años no había roto una docena de camisas, ni comprado una sola sábana; no habíamos ya de la ropa exterior.—«Esta levita de pañete, este chaleco de cuadros, estos pantalones de color de yesca, se conservan desde la época del casamiento, gracias á su arreglo y pulcritud. En casa no hay un solo cepillo; los cepillos todo lo comen, Olegario; unos buenos zorros, y para dar fin á la obra, fuerza de puños con un pañuelo ó un trozo de paño. Apenas quitada la ropa, meterla en el arca, bien estirada y limpia. Si llueve ó hay barro, no salga usted de casa á no tener gran precisión, y si hay alfombra al pie del sofá y vienen visitas, quitarla de allí. En la cama, almohadas de tela de color con una tira sobrepuesta, que se saca todos los días. La mesa, de mármol, y sobre el salvamanteles ya pueden ponerse

las cazuelas. En fin, no acabaría nunca...
¿Y en punto á la comida? Nada de enviar á la plaza la criada, todas sisan; siempre va Tula y siempre tarde, cuando ya las revendedoras no piensan sino en volverse libres de carga. Y para que vea usted hasta dónde llega la previsión de Tula, ¿sabe usted cómo compra los huevos? Pues si van caros, le toma prestadas dos ó tres docenas á su sobrino el tendero, y cuando bajan de precio se las devuelve. Muchas gotas de cera hacen un cirio pascual. Una mujer así le arregla á usted y le cuida como nadie. Y además, aquel instinto del negocio que tiene la mujer de su casa, ¡aquel golpe de vista! Cuando ella da una opinión ó un consejo, escúchela usted; sólo ellas poseen las grandes inspiraciones. Por ejemplo; cuando se me presentó aquel bendito de don Guillermo, el barón, á pedir que le prestase trescientos duros, sabiendo yo, como si lo viera, que sólo los quería para darse pisto en la suscripción para las fiestas del ferrocarril, por poco si lo envió á paseo. Por mi fortuna, le pedí que me dejase pensarlo. Se lo digo á ella y ¿sabe usted lo que previó?



Que el Castillo vendría á mí, como en efecto me parece que no tardará mucho en suceder. Tienen grandes inspiraciones, grandes inspiraciones... Después, caso de morir, ¿á quién va usted á dejar lo suyo? Vale más saber que no ha de malbaratarlo. Óigame usted á mí; busque una mujer de estas prendas, y cásele. A la postre, es el camino que todos hemos de hacer.

Olegario se levantó, y dando al notario un golpecito amistoso en la espalda, dijo:

—De todo lo que usted me ha contado y mucho más, maldita la falta que tengo.

—Es usted un roñoso; nunca sabrá usted vivir,—replicó el notario seriamente ofendido.

Y como el viento Norte volvía á soplar é iba ya cerrando la noche, emprendieron silenciosamente la cuesta que conduce al pueblo, el uno con las antiparras sobre la frente y tanteando el terreno con el bastón, el otro con el hacecillo al hombro. A la mitad de la población, cada cual tiró por su lado, yendo derechos á sus casas respectivas.

Cuando Olegario, después de cerrar la puerta, se dirigía hacia el fondo del alma-

cén alumbrado por la débil claridad de una vela que llevaba cogida entre dos dedos, un rapaz de la calle gritó por el agujero de la cerradura: «¡Esgaña-pobres!» Y este grito, que retumbó con sonido agrio y procaz por las tenebrosas bóvedas del almacén, heló la sangre del avaro. ¡Esgaña-pobres! apodo que le aplicaban tiempo há, que iba popularizándose y que llevaba consigo el sello de una persecución encarnizada, que era un estigma con que le escupía al rostro un pueblo entero! Así lo comprendía Olegario; y al pensar en ello, él, que por propia voluntad se había apartado siempre de todo el mundo, atemorizábase.

Su natural era, como el de las raíces ó el de los topos, de vivir en la obscuridad, crecer en ella y en ella desplegar sus ener-



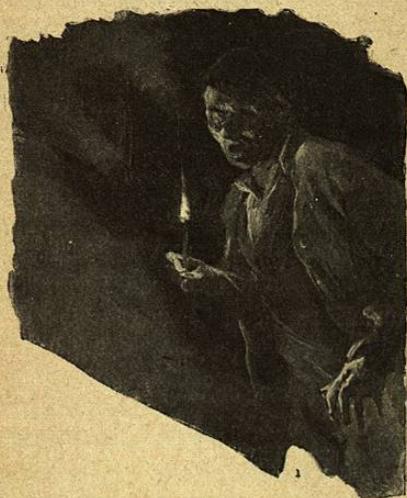
gías; nada de salir afuera, de verse señalado con el dedo, de ser motivo de envidia ó cabeza de turco de nadie. El grito de Esgaña-pobres era un grito de venganza, el alerta de un regimiento de honderos dispuestos á apedrearlo. En aquel momento, dentro de su propia casa, el grito tomaba todo el carácter de un desafío. Sentíase acorralado, y en su cara podía leerse toda la repentina desesperación de la fiera sorprendida en su cubil, la ira salvaje de aquella naturaleza grosera. Pero la vida letárgica que durante tantos años llevó en la obscuridad de su almacén le había hecho medroso como un ratón. Del valeroso trajinante de otros tiempos no le quedaba sino la primera embestida y la confianza absoluta en la naturaleza entera, á excepción del hombre, á quien consideraba como la peor de las fieras. Siempre había calificado á la humanidad de *cuadrilla de ladrones*; cada hombre era, por tanto, un ladrón, de quien convenía guardarse; y en la confusión de ideas de su cerebro extenuado por la ignorancia, había creído siempre honrada toda codicia que no fuese la del ladrón armado. La usura,

que las leyes modernas no persiguen, tampoco la condenaba el sentido moral de Olegario. Más bien la veía como una caridad, muy semejante á la que supone echar una cuerda á quien está ahogándose. Si el auxiliado no lograba salvarse con esto, era que ya de antemano había tragado demasiada agua. Él no era *corresponsable* de ello, y en premio de haber acudido á la playa, cargaba con todos los despojos del naufragio, que bien los valían los peligros corridos.

Medianamente rico y motejado de «Esgaña-pobres,» su conducta, sin dejar de ser la misma, obedecía á móviles diferentes: al odio feroz que alberga todo forajido. Afeminado por su pasión, acobardado por los años y por el temor de perder, tenía para con el dinero verdaderas ternezas, lo disputaba á todo el mundo con las más crueles astucias. Entre él y los demás había guerra abierta. Si algún día *los ladrones* le echaban el guante, que le quitaran lo bailado. Y víctima de esta obsesión, ya no estimaba el dinero como riqueza, sino como fuente de placeres inexplicables. Si lo hubiera podido liquidar como agua,

no hubiese dado otro alimento á su cuerpo. Dolíanle ya la peseta de la posada, los cuartos del aceite, de la leña y la harina; sólo venciendo verdaderas crisis, en que luchaban de modo cruel el espíritu de conservación y el amor al oro, pudo el señor Xirinach decidirlo á fincar. «¡Una sorpresa! ¡Una sorpresa!...» Sin este temor, ni hubiera comprado el huerto, por barato que se lo dieran, ni, una vez adjudicadas, hubiera conservado dos días tan sólo *Las Paradas de Arriba* y *La Coma*, que el juez le entregó por sentencia ejecutiva. «¡Tierras! Dios las dé á quien las desee. Sólo producen quebraderos de cabeza y gastos. Dinero, dinero, que se le ve crecer, que ocupa poco sitio y cabe esconderlo. Pero, ¡una sorpresa, una sorpresa!» Aquel temor siempre suspendido sobre su cabeza hacíalo soñar con ladrones y le producía una inquietud más parecida á la de los celosos que á la de los cobardes; porque, como á todo amante ciego, no le dolía la vida, sino el *ser* amado. He aquí por qué, del mote de Esgaña-pobres, lo que menos le ofendía era la intención insultante; lo

que más, la amenaza, la luz que le lanzaba al rostro para sacarlo de la obscuridad en que vivía y convertirlo en objeto de la rapiña humana. Por eso lo oyó, ate-



morizado, resonar dentro de su propia casa, cerca, muy cerca del dinero.

Quedó por un rato amedrentado, la vela temblándole entre los dedos, los pies clavados en el mismo sitio, y una oleada de miedo, de ira, de odio, que pasó por encima del insolente y abarcaba

á todo Pratbell, sacudió por dentro aquel corazón. Un absoluto silencio le rehizo el ánimo; volvió atrás, revisó los cerrojos, las trancas, la cerraja, tapó bien el agujero de ésta; y como si no estuviese cierto de que el grito había venido de afuera, registró, como las mujeres miedosas, hasta el último rincón de su solitario almacén.

Dueño ya de sí mismo, una sonrisa amarga iluminó su rostro: la expresión de la venganza, por no decir su resplandor. Nunca estuvo tan obcecado como aquel día. La conversación con el notario, dirigiendo su atención hacia la mujer, de quien había huído Olegario desde que tuvo veinte años; el grito con que el mundo se había atrevido á perseguirlo hasta aquel rincón, le removieron hondamente todas las ternuras que por el oro sentía. Aquello eran amenazas, amenazas contra el objeto querido; y nunca lo había amado más. Sintió por él el estremecimiento de una especie de extraña lascivia, de una aberración bestial que no cabe en la razón humana. Ya que no podía fundir el oro y llevarlo á la corriente de sus venas, quería besarlo, tomar sorbos de él,

refrescarse la boca con su frescura, y con su aliento cubrirlo amorosamente como con un velo. En las depravaciones y bajezas de su grosera pasión, nunca había descendido tanto: estaba loco.

.....

.....



En toda la noche pudo cerrar los ojos; y como la fiebre le exageraba los peligros que corría en Pratbell, tomó la determinación de irse. Casi enteramente vacío el almacén, dueño de La Coma y resuelto á convertirse en payés, cuanto más pronto abandonara la villa, mejor.

Tierra por medio, y no pensarían en él. La distancia de un par de horas sería bastante para aquellos amotinadores; y cuando fuese al pueblo, no vería más que al notario.

de



III

Tres días después llegó Olegario á La Coma, decidido á residir allí. Hallábase situada La Coma á sol poniente, en una hondonada tranquila y apacible, aunque algo tristoná por el tono obscuro que daba á las vertientes el espeso encinar que las coronaba. Por el rebajo de las vertientes corría un riachuelo sin nombre, que regaba la huerta de la hacienda y algunos chopos de extraordinaria altura. La ladera de poniente, antes de llegar al riachuelo, allanábase, formando sobre el cauce del agua como un escalón triangular, que

tendría cosa de una treintena de jornales. En medio de él alzabase la masía, casa de labrador, con tejado á dos vertientes, la era al lado, dentro de la cerca,—que cerraba un portón de madera, lleno de rajas;—un balcón, tan largo como la fachada, en el primer piso, y, sin orden ni concierto, algunas construcciones miserables, agrupadas en torno del edificio para alojar los animales y para otros servicios secundarios. El primer piso era precisamente la habitación del amo; por la parte delantera dominaba toda la huerta, extendida á sus pies como espléndido tapiz violáceo, listado de verde en diferentes sentidos; más arriba, las tierras de pan llevar, y más arriba aún, la viña, cubriendo desmayadamente las primeras protuberancias de la montaña. Por detrás, la pendiente se acentuaba con rapidez; y de la divisoria abajo, el dueño podía columbrar las sombras interioridades de aquel espeso bosque, que parecía deslizarse á la chitacallando y cautelosamente hacia la llanura. A sus pies, y muy á sus pies, tenía el amo á los servidores, á las bestias y á las aves, que cacareaban todo el día por los paja-

res, los aperos y la leña que había dentro del cercado.

Hacía diez años que habitaba esta masía el tío Pedro de las Borjas con su mujer é hijos, una cuñada, dos criados y un mochil ó zagalillo. El tío Pedro, que llevaba á medias la tierra, nunca había caído en falta para con su amo, y en unión de toda su familia lloró primero, sinceramente, la muerte de aquél, y después la adjudicación hecha por el juez á favor del Esgaña-pobres. Arrancar aquella bendición de Dios de las manos de una pobre viuda y de unos angelitos rubios como el oro, abatidos por la larga enfermedad de don José, parecióle una crueldad tremenda: ser el sustituto de todo un caballero un extrajinante, que por usurero llevaba aquel apodo, una insoportable imposición. Pero, además del cariño que el tío Pedro sentía por aquel pedazo de tierra regado con el sudor de su frente, mediaba una cláusula de la escritura de arriendo que lo sujetaba á La Coma durante otros dos años. Se revestiría de paciencia y cumpliría como es debido.

En la granja conocía todo el mundo el

apodo del nuevo dueño, porque Olegario se había hecho mucho más popular de lo que él creía. Pepona, la casera, y Cecilia, su hermana, con ocasión de ir al mercado habían visto ya, de reojo, dentro del obscuro almacén, al improvisado tratante en granos; pero si de la figura de éste nadie, fuera del tío Pedro, tenía una imagen muy clara, de su condición moral poseían un concepto quizá más espeluznante que la misma realidad, entenebrecida por una nombradía que horrorizaba y desfigurada por las leyendas románticas que de él iba formando la murmuración pública.

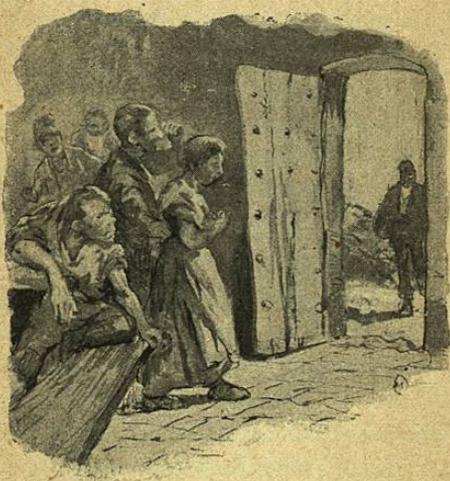
Hecho el propósito de cargarse de paciencia, el tío Pedro llamó, pues, á capítulo á toda su gente, recomendándoles calma, buen juicio y exquisita prudencia. Dependía de ello la suerte de todos; de otra manera, veríase obligado á pagar una indemnización que ni aun vendiendo hasta la camisa podría reunir. La noticia cayó sobre aquellos espíritus como un gran infortunio; prometieron, sin embargo, ayudar al jefe de la familia con toda la fe de que eran capaces. Y no podía esperarse menos de aquella gente, verdadera tribu que el

tío Pedro regía como un patriarca. Alto, fornido y de grave apostura, casi parecía tal. La afable Pepona, obesa ya por obra de los años y de su genio pacífico, así como la aseada Cecilia, risueño azacán de aquella granja, queríanlo y respetábanlo amorosamente. En punto á los criados, nada había que temer del tranquilo Lorenzo, ni del juguetón mochil; al jorobado Eloy, que según decir de la gente tenía *mala sangre*, atemorizábale demasiado la atlética fuerza de su amo para propasarse.

Presentóse allí cierto día el Esgaña-pobres á tomar posesión, recorrió la hacienda muy afable, tuvo una palabra de cariño para cada uno; y como no habló de instalarse allí, respiraron todos, aunque su presencia borró en parte las tintas negras del retrato. En poco tiempo volvió por allá varias veces, y mostrándose más y más afable, fué ganándose los corazones. Pero cuando declaró su decisión de residir allí, quedaron todos tan yertos como si les hubieran dicho que se acercaba el cólera.

Fué preciso hacer de tripas corazón, y adelante. El tío Pedro, en cumplimiento de las órdenes recibidas, presentóse al

romper el alba en la villa y mereció la prueba de confianza que suponía el cargar, en los cogujones del esportón, unos talegos que pesaban como lo que eran, de



oro. Esto le animó bastante.—«Si fuera tan ruín no se fiaría de mí,»—se dijo interiormente.

Una vez en La Coma, el Esgaña-pobres fué alojado por los mismos caseros en la habitación escogida, única que había preparada para esto en el primer piso y que estaba

amueblada con un lecho de tablas, una cómoda antigua de muchos cajones y media docena de sillas, que allí dejara la viuda de don José. El nuevo huésped, fuera de los talegos que subió recatadamente con el tío Pedro, llevó, por todo equipaje, un lito, hecho con un pañuelo de algodón. Jamás se vió mejor aposentado. Las paredes eran blancas, limpios los ladrillos del suelo, relucientes las maderas, y la cama cubierta con sábanas coladas por Cecilia, que era en esto un primor. El azul del cielo, la paz del campo, lo espléndido de aquel sol que lo doraba todo, que calentaba gran parte de la cama, esponjaron no poco el corazón de Olegario, más bien reverdeciéndole los recuerdos de la niñez, que no haciéndole aborrecer, por contraste, el oscuro almacén. El Olegario de antes hubiera sido capaz de sentir la poesía de aquel sol, de saborear aquella atmósfera de sana paz; pero el Esgaña-pobres, el hombre gastado y sometido á la pasión del dinero, hubiera dado todo aquello por enjuagarse con un puñado de onzas, aunque fuese dentro de la carbonera; no eran para su gusto depravado las

magnificencias de la naturaleza; su piel curtida y dura no sentía ya la frescura del lecho en que se revolcara con delicia el tierno Olegario antes de soñar con los ángeles.

Pero, así y todo, aquella paz hizo bien por unos cuantos días al amedrentado Esgaña-pobres. Bajo aquel amplio cielo empapado de luz, halló nuevamente la deseada obscuridad: los árboles, las plantas, rodeábanlo de un mundo nuevo donde el Esgaña-pobres era desconocido; la hondonada en que estaba encerrada La Coma no le permitía ver á Prاتبell y por esto crefase á cien leguas de distancia.

Su espíritu habituado al trabajo, no le consintió ni un día de ocio. Levantábase tempranito y trabajaba en las tierras juntamente con sus colonos; comía y se pasaba la vida al lado de éstos como un simple labrador que era; y la distracción del trabajo, y aquel calorcito de hogar, apagaron por algunos días el fuego de su pasión, adormecieron á la bestia y despertaron al hombre.

Otras circunstancias lo pusieron á dos dedos de transfigurarse completamente: los

niños del tío Pedro, que se le subían á las rodillas, respirando mimos, mostrándole candorosamente los hechizos de la inocencia; y Cecilia que, fresca, sana y gozo-



sa, le metía por los ojos el atractivo de la hermosura. Cuando la veía trajinar por la casa ó sembrar en los campos, siempre limpia y alegre, ostentando con natural desenfado sus formas redondas y bien

proporcionadas, su abundante cabellera dorada al fuego, su faz risueña y expresiva, de la que cierto aire de inexplicable honestidad alejaba los deseos carnales que hubieran podido despertar sus ojos llenos de atractivo, su boca semejante á una granada de hueso blanco, su cuello ondulante y carnoso, sentía vibrar en su espíritu el soplo del amor, cierta oleada de ternura y de poesía que atraía, sumiso y débil. Luego, en sus ratos de soledad, recordando los servicios que Cecilia prestaba á la casa, los discretos consejos que formulaba diariamente, el modo con que lo trataba á él, lo bien que le arreglaba y disponía la habitación, asaltábale de golpe la idea de casarse con ella, sentía rebullir en sí el instinto de la familia; pero su carácter zahareño le enfrenaba las vibraciones del corazón, y de esta lucha quedábale una tristeza misteriosa, una mezcla extraña de amar y aborrecer juntamente á Cecilia.

Aquella tristeza engendró en él bien pronto una cierta flojedad y emperzeamiento que, reteniéndolo en su habitación, llevólo nuevamente á contemplar

su tesoro. Renació su pasión con toda la furia de una locura mal curada; la paz del campo se desvaneció como por encantamiento, y por primera vez mostróse el Esgaña-pobres sombrío, áspero y taimado, llenando La Coma de insufrible malestar cuando más apesadumbrados hallábanse sus habitantes de haber creído algún tiempo en la murmuración pública.

En los primeros días, que fueron de expectación, caseros y mozos miraban á Oleario con espanto que parecía respeto. Una vez convencidos de que no era tan fiero como se decía, sino un hombre trabajador y sencillo como ellos, se abandonaron á la confianza y se habituaron á tratarlo de igual á igual, conforme á su juicio requería quien vestía como ellos, como ellos trabajaba y carecía de toda condición personal que lo elevase sobre los demás. El tío Pedro creyó entonces, con cierta satisfacción, haber cambiado el amo por un compañero, y si la Pepona le advertía que le daban de comer y le prestaban hasta la ropa de cama, día tras día, sin que él diese señal de notarlo, el casero levantaba los hombros, confiado, respondiendo que

ya lo arreglarían á fin de año, al rendir cuentas. El caso era ir avanzando por aquel camino, que le parecía aún más despejado por haberlo creído cubierto de zarzas y abrojos. Por eso cuando desapareció el compañero suplantado por un amo grosero, ceñudo y sin entrañas, el azoramiento fué diez veces mayor, pues llevaba consigo toda la brutalidad de la sorpresa, todos los visos de una traición. Encima de esto, la costumbre de tutearle, que había precedido al cambio, hacía imposible el respeto. El miedo, en este caso, había de disfrazarse de encarnizada defensa: abierta y brusca, como de labriegos, había de ser la lucha.

Quien primeramente notó la variación fué Cecilia. Cierta mañana subió al piso para arreglar la cama de Olegario. Contra lo usual, halló cerrada á piedra y lodo la puerta de la habitación. Si atravesó por su pensamiento el recelo de la desconfianza, no hizo alto en él, esperando hallar explicación más satisfactoria. Después de comer pidió la llave al interesado, que la entregó con cierta mala gana evidente, acompañada de una mirada es-

crutadora que hirió en lo vivo á la muchacha. Dos minutos después ya estaba Olegario en la habitación, rondando por allí como quien no quiere la cosa. Cecilia terminó su faena, no sin que á menudo se le subiesen los colores á la cara, y salió mordiéndose los labios para no hablar. Aquella tarde, el cuarto quedó nuevamente cerrado con llave, y así apareció al día siguiente; á pesar de lo cual, Cecilia, antes de sacrificar sus virtudes domésticas con una decisión que no podía tomar sin gran esfuerzo, quiso averiguar si había sido impresión errónea ó realidad la ofensiva desconfianza del día anterior. Pidió nuevamente la llave, y como Olegario volviese á mortificarla con su presencia, paró en seco su trabajo la muchacha, y roja como un pimiento, se encaró con él diciéndole:

—¿Le ha faltado á usted alguna cosa de aquí?

—Nada.

—¡Ah, nada, y tiene usted la poca vergüenza de afrentarme!

—¿Yo?

—Usted. Porque sépalo de una vez: yo

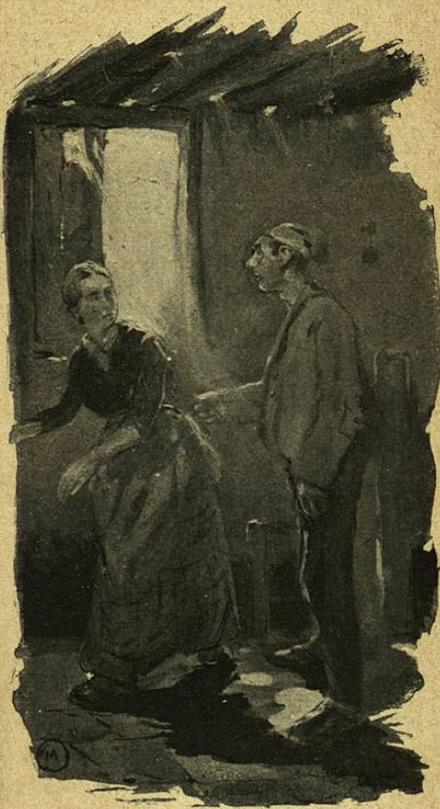
y todos los de esta casa somos incapaces de coger ni un alfiler que no sea nuestro. No necesitamos guardias, ¿sabe usted? De hoy en adelante usted se hará la cama, si quiere. ¡Tontos de nosotros, que hasta las sábanas le ponemos de balde! ¡Lástima de trabajo!

Olegario hizo un movimiento para acercársele y cogerla de un brazo, á fin de que lo escuchara.

—Si me toca usted le largo un sopapo, —dijo bruscamente la ofendida muchacha.

Y abandonó el primer piso para no volver más á él.

El hecho se divulgó entre todos los de la casa, que se hicieron solidarios de la ofensa; y como si no bastasen las preven- ciones con que, desde entonces, miraron á Olegario, presintiendo que al fin se mostraría en él la fiera, comenzó él mismo á conducirse dura y groseramente con todo el mundo. Ora hallaba que nadie trabajaba lo suficiente; ora chillaba para que se levantasen más temprano, ó quería acortar y reducir los refrigerios: «¡qué es eso, tanto comer y beber!» Y se pasaba el día hecho un azacán con los trabajadores,



matándose él mismo para dar el ejemplo, riñendo á los mozos, maltratando á las bestias, dando cogotazos al mochil. Al volver á casa, reñía á las mujeres, si vefa derramado por la era el matz de las gallinas, ó esparcido algún manojo de leña; castigaba al perro á puntapiés, y ahuyentaba al gato adormecido al lado del fuego: « ¡anda, holgazán, á cazar ratas! »

Acostumbrado, por el comercio, al chorreo continuo del dinero, no le bastaba ya la detenida contemplación que cada noche hacía de sus talegos, ni podía avenirse con la lenta producción de la tierra. Sentía afán de acaudalar; consumíalo una nostalgia mortal del tráfico monetario. Al ver que su tesoro no crecía, le asaltó el temor de que iba disminuyendo, y la retirada de Cecilia le proporcionó el placer de meterlo dentro del jergón para mejor custodiarlo durante la noche.

En medio de estas tristezas, cierto día ventoso y nublado, esquivando la presencia de sus compañeros, subiósse por la montaña internándose en el carrascal. A sus pies, y sobre su cabeza, ofanse tan sólo chasquidos de ramas que se desgaja-

ban. ¡Gracias á Dios, que también la tierra daba algo en aquellos días cortos! Y sintió un cosquilleo de júbilo; y desafiando el viento que silbaba y cortaba la piel, se pasó la mañana entera recogiendo leña

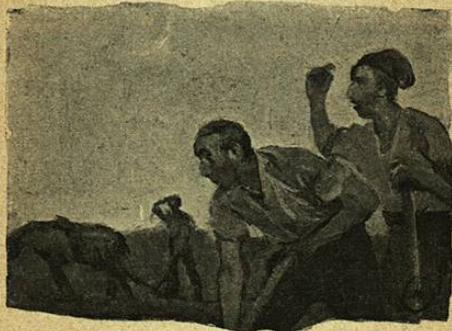


como un desaforado. Subiendo, subiendo, llegó á la cima que dominaba la hondonada. ¡Nunca lo hubiera hecho! Allá, entre la espesura de los árboles que manchaban el llano rojizo, vió destacarse la silueta gris de la villa, con su castillo y su campana-

rio. El cielo de color de plomo que sobre ella se extendía, cubrirla de un velo melancólico que hirió en el corazón al Esgaña-pobres. El almacén, testigo de tantos placeres desaparecidos, casa troncal de su riqueza, donde habían resonado una por una las monedas de oro ganadas; la posada, el despacho del notario, todos los recuerdos de sus mejores tiempos desfilaron por su espíritu como envueltos en la melancolía de aquel horizonte lluvioso. Y sentado sobre un montón de leña, se abandonó por más de una hora á los dolores de la nostalgia, sin sentir el frío ni los latigazos del viento que hacía mugir el bosque como si fuera un mar.

Al día siguiente, cuando todavía estaba durmiendo la gente de la granja, el Esgaña-pobres puso la albarda al Moreno, — el caballo mejor de la hacienda, — subió en él y no paró hasta la villa. Su ausencia fué un respiro para todos los espíritus; los campos oyeron cantar á aquellos labradores afanosos; el mochil se rindió las piernas á fuerza de dar cabriolas, y en la mesa, más que la comida, satisfacían las risas. En cambio, por la

tarde, cuando volvió... Unos con el arado metido en el surco, otros descansando sobre el mango del legón, estuvieron amos y criados discutiendo por más de diez minutos si sería ó no sería aquel jinete que iba acercándose á contra luz del sol poniente.



—Bien lo parece, pero no viene montado en el Moreno y no puede ser.

En estas razones, llegó al sitio, montado en un mulo de blanca panza que alborotó el cotarro con sus bramidos y corcovas.

—¿Se ha puesto malo el Moreno?—se atrevió á preguntar el tío Pedro, alarmado.

El Esgaña-pobres respondió con un «no»

seco, mientras trataba de domar al mulo dándole de palos en la cabeza; pero la bestia se encabritaba terriblemente, enseñando la enorme dentadura y unos ojos encendidos como brasas, á la vez que daba vueltas y más vueltas, tirando de la brida y coceando de tal modo que hacía temblar el aire. Aquello no era un mulo, sino un demonio coronado, con quien no podía habérselas sino un arriero tal como Olegario. El animal no quería entrar en la cuadra, y sólo con el aturdimiento de los golpes y el dolor que los tirones de la serreta le producían en la boca, logró el hombre rendirlo.

Apoderóse de todos la sospecha de alguna crueldad misteriosa. Pensaban en el Moreno, tan dócil siempre y tan querido; y la extraña aparición de aquel mulo les turbaba tanto, que no osaban repetir la pregunta hecha por el tío Pedro.

Encerrado el mulo, Olegario corrió á meterse en su habitación, para recontar las cuatro onzas que había ganado en el trueque del Moreno; y aquella noche, ni bajó á cenar, ni hubo quién se atreviese á entrar en la cuadra para dar un puñado

de paja á la bestia. Los colonos y los mozos perdíanse, entretanto, en conjeturas y rezongaban de rabia.

Al día siguiente por la mañana, bajó Olegario y mandó á Lorenzo,—el más obediente de los mozos,—que fuese á dar un pienso al mulo. El infeliz muchacho obedeció, aunque refunfuñando, y la bestia lo recibió con tal voleo de coces que lo dejaron tendido en tierra con una costilla fracturada. A los gritos del herido acudieron todos los de la granja; se lo llevaron á la cocina para curarlo, seguidos de Olegario en persona, que lo presenciaba todo muy alicaído. Pero Eloy, el jorobado, indignado por la desgracia de su compañero, salió, y, armado de una buena tranca, metióse en la cuadra para moler á golpes á aquel demonio hasta matarlo. El animal, golpeado tan duramente, rompió el ronzal, y trabándose con el agresor le clavó los dientes en la joroba y escapó, endiablado y bramando, campo á travieso, dando botes como un carnero monstruoso.

Entonces se armó la pelea con el Esgaña-pobres; toda la casa en peso la emprendió

contra él, y el tío Pedro, al arrancarle la confesión de lo hecho con el Moreno, le embistió resueltamente á puñetazos; las mujeres le echaron en cara todas sus mezquindades, todas las deudas pendientes; los mozos, entre quejido y quejido, le



juraban vengarse, y cuando le tuvieron ya bien denostado y abatido, anunciáronle que abandonaban la casa.

—Yo nada tengo,—añadió el tío Pedro,—y todavía me debe usted el gasto de dos meses; atrevase, pues, á pedirme cumplimiento del contrato y la multa, que puede salga usted con las manos en la cabeza. Aunque me cueste ir á presidio.

Así que pudo, escapó hacia arriba el

Esgaña-pobres, se forró de oro el cuerpo, como Dios le dió á entender, para no dejar allí ni un céntimo; y vacilando un poco á causa del peso, salió de La Coma, loco de rabia, con la doble intención de huir de «aquellos ladrones» y de ver si atrapaba al mulo pastando.

—¡Buen viaje! exclamaron á una todos los de la granja.

Y el jorobado Eloy, sin poder contenerse, salió hasta la huerta para espiar su marcha durante un buen rato. Plantado en medio del ancho terreno, con su cuello torcido, los ojos llameantes de rabia, en el momento en que lo perdía de vista le amenazó con el puño cerrado, exclamando:

—Me las pagarás, judío.



IV

A su experiencia de arriero y á su agilidad debió Olegario el recobro de aquel revoltoso mulo. Amansado, quieras que no, montó en él, y sonándole el dinero en las faltriqueras llegó el Esgaña-pobres á la villa antes de medio día. Nadie se admiró que sujeto tan miserable entrase montado en bestia tan resabiada. Cabizbajo y pensativo llegó á casa del notario, descabalgó y pidió á su amigo que le escuchase. Cabizbajo y pensativo venía, por lo mucho que había cavilado durante el camino:

—Ya ve usted, don Magín, á mí no me conviene de modo alguno que el tío Pedro se marche: puede usted suponer que, sa-

biendo él lo que le debo, me difamará por todas partes, no encontraré colono que le sustituya y toda la cosecha de hogaño, cuando menos, se la llevará la trampa. De la indemnización no hay para qué hablar: al que es pobre el rey lo hace libre.

— ¡Buena la ha hecho usted, buena la ha hecho! — exclamó don Magín, rascándose la mejilla y con el sentencioso tono de siempre. — Pero en fin, veremos de arreglarlo. Le haré á usted este favor, que en buena ley algo vale.

— ¡Ca, hombre! Ellos se tienen la culpa, con sus miedos; al mulo no hubiera dejado yo de amansarlo, y entonces hubiesen visto el negocio. ¡Si es un animal muy sufrido!

Y diciendo así, el Esgaña-pobres, no obstante ser invierno, enjugábase con el revés de la mano el sudor que brotaba en su estrecha frente.

— Convendría que me hiciese usted cuanto antes este favor, — se atrevió á decir Olegario, viendo al señor Xirinach enfrascado en otras cosas y dispuesto á no hablar más de aquella.

— Hombre, ¿cuándo? No será puñalada de pícaro.

— Cosa de horas, óigalo usted bien. Un labrador enfadado, y allí hay tres hombres, es capaz de desmocharme todos los árboles de la hacienda en menos de veinticuatro horas. Aquel demonio de jorobado es capaz por sí solo de hacerlo.

El notario, excusándose de poder ir á La Coma hasta dentro de dos ó tres días, prometió, vista la urgencia, escribir aquella misma tarde para parar el primer golpe. Y como cediendo, al fin, á la preocupación que le dominaba, preguntó cambiando de tono:

— Bueno, ¿y á dónde irá usted á vivir, ahora?

— En la posada de San Roque habré de meterme, de primera intención. ¿Qué quiere usted que haga?

— Si me alquilara usted el castillo... — dijo el notario, con maliciosa risita.

— ¿Cómo? — saltó el otro, — ¿que es ya de usted?

— Sí, hombre, sí. Ayer tomé posesión, — dijo alargando la palabra, para saborearla mejor.

Y entregándose á la expansión de su contento, explicó con todos sus pormenores la historia de aquella usurpación usuraria, su primera adquisición, arrancada al manirroto de don Guillermo, último vástago de una baronía que contaba cinco siglos y que, tras la prodigalidad y la estupidez, acababa de morir en una sala del Hospital de Barcelona, solitario, viejo y solterón, comido por la escrófula y la miseria, que durante muchos años fueron royéndolo por cafés, burdeles y garitos.

—¿Alquilar?—replicó el Esgaña-pobres, entre admirado y sorprendido. —¿Qué quiere usted que haga yo en el castillo?

—Guar...—respondió el notario, mordiéndose la lengua, —vivir allí, quiero decir.

—No, ya empezó usted á decirlo bien: guardarlo. ¡Qué, hombre! ¡Le haré un favor y aún quiere que se lo pague! Quien sirve, paga merece. ¿Alquilar yo aquel caserón tan grande?

—¡Bueno! si usted no, otro me lo alquilará. Ahora que quieren ensuciarnos la villa con fábricas, no faltarán demandas.

Verá usted lo que tarda en oír en aquel sitio el traqueteo de trescientos telares.

—No fantasee usted, hombre ¿No ve usted que todo aquello se vendría abajo como un castillo de naipes? ¡Para telares está la casa!... Vamos á ver, ¿quiere usted que hagamos una cosa? Ahora está aquello abandonado: ¿no es eso?... Yo lo custodiaré entretanto no se alquila.

—¡Sopla! ¡Vaya una ganga!

—¿No dice usted que lo será pronto?

—¡Qué largo es usted, Olegario! ¿Y el señorío? ¿Y la utilidad? ¿Y el producto del dinero que me representa?

—¡Pataratas! Si ya sé yo que doña Tula no quiere seguir pagando alquileres, ni usted tampoco. Ustedes se mudarán pronto allí. Cuando eso suceda, yo me voy, á menos que ustedes quieran cederme un rinconcito en la parte de abajo, para que les haga compañía.

—Muy enterado está usted, Olegario. Vaya, pues; deme un tanto mensual en reconocimiento del señorío, y es cosa hecha. A la casa le corresponde: es de señores; hay que pagar, pues, señorío.

— Sí, de un señor que ha muerto en el hospital.

— *Sic transit gloria mundi*, — dijo el notario, mostrando á la vez su estilo sentencioso y sus temores de siempre acerca del porvenir. — Una cosa era el majadero del barón y otra es el castillo. Dos duros al mes y le doy á usted las llaves.

— ¡Diez pesetas! Ni siquiera cinco. Vaya un modo de agradecer favores: ahora, cualquier mal intencionado puede quemar aquello ó desbalijarlo, cuando menos...

El previsor notario se puso lívido, y atemperando la voz á un tono dulce, repuso:

— Pongamos cinco y no se hable más.

Olegario meditó un rato, ocultando en lo posible toda el ansia que tenía por aprovechar aquella ganga, aunque ganga fuese también para el otro lograr guardián é inquilino juntamente, y al fin ofreció tres pesetas, que fueron aceptadas tras largo regateo. Obtenido el permiso, y después de haber comido, los nuevos amos y él, con el mulo á la zaga, se encaminaron hacia el castillo, que doña Tula no conocía aún por dentro.

Al verlos pasar, los vecinos de Prاتبell se mordían los labios para disimular una sonrisa maliciosa.

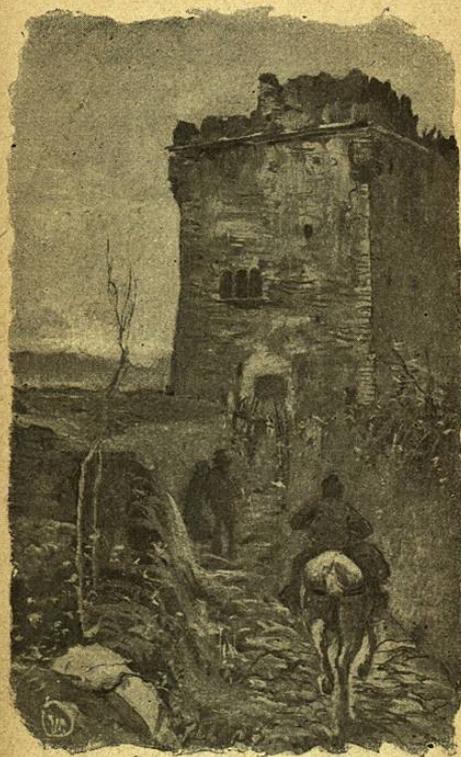
— ¡Qué terceto!... exclamaban después, entre dientes, meneando la cabeza.

Así atravesaron medio pueblo, hasta llegar á las últimas casas del miserable callejón, de donde arrancaba la cuesta del castillo. Era ésta una gradería recta, empedrada de guijarros y fajas de mármol bruñido por el roce de los pies, que hacían arriesgada la ascensión. El musgo y la hierba rala que circuían los corvos pedruscos, dejábanlos tan sólo relucir como peladas calaveras mal enterradas. Por fortuna, tan terrible impresión sustitúfala bien pronto el continuo cuidado que exigía el instinto de conservación. A pesar de esto, el mulo, entre resbalones y caídas, resistíase con tal fuerza á caminar por aquel suelo, que no bastaban gritos y golpes para hacerlo andar. Encabritado, torciendo el morro, ensordeciendo el espacio con sus angustiosos bramidos, aquí caía y allí se levantaba, sacando chispas de las piedras, completamente aterrado, como si fuese más impresionable que

las personas. No hay que decir que, al ver tales locuras, el notario y su mujer se apresuraron á huir cuesta arriba, cogidos el uno del otro y arrimándose á los bordes del camino, hasta llegar al pie del cercado.

Cerrábase éste por una verja de sencillos varales de hierro, comidos del orín, tan descoyuntados y fuera de quicio, que habiéndose encajado cierto día, á medio abrir, así quedaron para siempre jamás, dejando más estrecho el paso, pero siempre abierto. La tierra de arrastre iba cubriendo los varales inferiores, y sobre ellos nacían, cada primavera, flores y lianas que se enredaban por los hierros, con aquel *instinto embellecedor* que parecen tener las flores silvestres.

Pasado aquel límite, dábase por bien empleada la subida. A los pocos pasos alcanzábase la cima del cerro, la plaza que precedía al castillo; una plaza empedrada de grandes losas desniveladas por la fuerza increíble de los cardones é hinojos que crecían en los resquicios. Una vez allí, podía el visitante sentarse en el largo poyo de la izquierda y contemplar



el castillo. Era éste un edificio del siglo XIV, que se alzaba todavía orgulloso con sus torres almenadas, sus ventanales trilobados, divididos por la correspondiente columnita, su dentellado maticán, avanzando en medio del cuerpo delantero, ya terroso, inclinado y lleno de remiendos de diferentes tiempos y gustos. Hasta los más legos en arqueología sentíanse dominados por misterioso respeto ante aquel severo monumento, que resaltaba sobre el azul del cielo con imponente majestad. Y al recorrer con la vista la grandiosidad de sus macizos, la variada distribución y la amplitud de sus huecos, los perfiles y atrevidos cañados de la piedra labrada, sentíase uno embobado y dominado por punzante curiosidad. Tanto, que bien podía ofrecer la villa, al mismo pie del castillo, su pintoresco panorama de tejados desiguales, cimborrios, chimeneas y campanarios; el campo sus alfombras y arboledas; las corrientes de agua sus espejos extendidos por la tierra y relampagueando entre el follaje; el cielo sus horizontes y mares de luz; que el visitante posponía todos estos tesoros al ansia

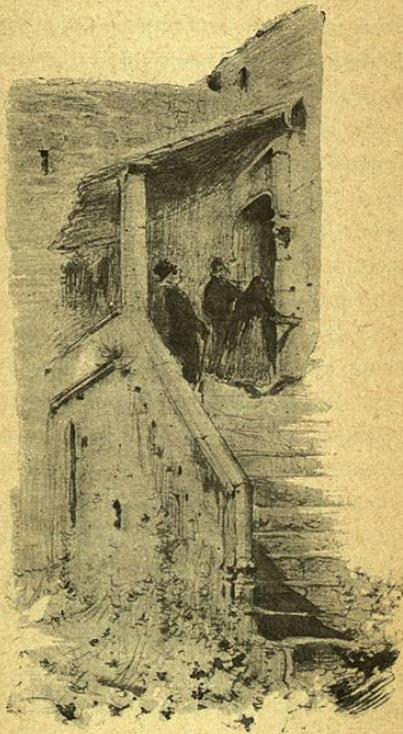
de pasar la puerta del castillo en que, hacía un rato, tenía fija la mirada. Si estaba cerrada, por estarlo; si abierta, porque mostraba en el interior su vestibulo ojival, su patio negruzco y tranquilo, la amplia escalera á cielo abierto, con su baranda de rosetones, las paredes horadadas aquí y allá por ventanas y puertas festoneadas de graciosas molduras, capiteles y repisas esculturales. Desde fuera parecía cubrirlo todo con el más atractivo misterio, un velo húmedo y ceniciento; la imaginación forjábase ya toda una resurrección de la Edad Media: estrados tapizados, arcas de roble de aguda talla, el gran tinelo con la vajilla de oro, el arpa del trovador, la armadura del paladín, las sartas de perlas y joyas de las damas; otros ansiarían ver las bodegas, las obscuras mazmorras, los subterráneos misteriosos, la consabida mina que por fuerza había de tener el barón para bajar á la villa, y tal vez para huir hasta el río.

Y nada de eso había. El tiempo, devorador insaciable, se había engullido hasta los huesos de veinte generaciones de aquella antigua familia, yendo á buscar al

último barón en una sala de hospital, para disputar á la escrófula las amojamadas tiras de carne que ésta no había podido consumir en tanto tiempo como llevara de roerlo. La carcoma y el orín se habían encargado de comerse el mobiliario, las armaduras. ¿Quién será capaz de reconocer en las rosadas orejas de la novia ó entre los postizos *empoivados* de la dama encumbrada en su palco, las perlas y piedras preciosas que deslumbraron al pobre juglar, que temblaron con la risa de los discreteos ó brillaban irisadas por las llamas de la ahumada chimenea? Sólo quedaban las piedras; y éstas las había envilecido primero el vicio; ahora iba á envilecerlas la usura.

Don Magín, el menos insensible de aquel terceto, admiró nuevamente, satisfecho del todo, su primera adquisición; y aun los otros sintieron, al entrar en aquel muerto vestibulo, cierta impresión de respeto, muy parecida á la que causan los templos y los sepulcros. Subieron al primer piso. Fuera de un centenar de libros y algunas sillas cojas, don Guillermo lo había vendido todo tiempo há; los salo-

nes, todas las dependencias, estaban vacías, y las bóvedas resonaban con los pa-



sos como campanas de cristal. Las resacas maderas de las ventanas clareabanse

por cien hendiduras, y como si fuesen cortas de talla, dejaban por sus rebajos paso franco á dragones y lagartijas, cuando no ofrecían al viento las sonoridades de un órgano dotado de registros muy potentes. Respirábase en aquellas salas un cierto olor á muerto que sobrecogía el ánimo. Doña Tula comenzaba á encontrarlas demasiado grandes y arrepentíase ya de haber ayudado á la adquisición de semejante casucha, aunque no les hubiese costado más allá de 800 duros. Al Esgaña-pobres todo se le volvía mirar dónde se metería. «Lo que es aquí arriba, en modo alguno.» Y como iba fatigado con el peso del dinero, sentía ya ganas de descansar.

— Ya ve usted, — le dijo el notario, que advertía en los ojos de su mujer el anuncio de una rociada, — si cabrían aquí telares.

— Sí, aguarde, aguarde á que se lo alquilen. Nunca lo había yo visto por dentro; pero ahora me convenzo de que esto es una casucha. Hasta me parece que ha de haber duendes. A no ser uno tan terne como yo, nadié habitaría aquí; si no lo vende usted como piedra, nadie se lo

comprará. Me parece que ha hecho usted un mal negocio, don Magín.

— Siempre tiene usted que sacar faltas á lo que más apetece.

— Sí, á buen seguro; ¡bonita es la novia para que nadie se enamore de ella! Aquí se muere uno de frío y de miedo. Como por abajo no esté mejor...

— Sí, sí, vamos abajo, — interrumpió doña Tula, cada vez más desengañada.

— ¡Oh, abajo, abajo se está muy bien! — exclamó el notario.

Bajaron; y como quiera que la gran cocina estaba bien acondicionada y algo provista, y notase Olegario que era fácil llenar el vacío pesebre con un balague-ro que asomaba la cabeza por encima de la pared del huerto, á dos pasos de allí, se consideró apañado.

— ¿Dónde dormirá usted hoy, Olegario?

— Con el mulo, velay. Yo, con un puñado de paja tengo bastante por hoy; mañana ya me las compondré.

— ¿Y de dónde saldrá la paja?

— Ya me prestará usted la del pajar.

— Pide usted más que un pobre.

— ¡Si está podrida!

— Bien se habrá comido el mulo la que le dió usted al entrar.

— Hombre, por hoy, ¿dónde quiere usted que vaya á buscarla? ¿Cómo quiere usted que me procure un jergón donde dormir? En esta casa no hay ni una mala cama.

— Bueno, vaya, por hoy...

— No olvide usted escribir al tío Pedro, don Magín.

— Ya lo hice. A estas horas está ya en camino la carta.

Y diciendo esto, el matrimonio se despidió. Desde el umbral de la puerta lo siguió Olegario con la mirada, hasta que vió hundirse las cabezas en la resbaladiza pendiente, con expresivos movimientos que denotaban viva y acalorada conversación. Doña Tula había sacado una malísima impresión del castillo; pensaba, como Olegario, que habían hecho un mal negocio; decía que era un casucho, que era demasiado grande; que requería mucha leña y muchas escobas, y protestaba ya de ir á vivir allí en manera alguna. Don Magín, que interiormente no

desconocía la razón, sostenía, no obstante, para no dar su brazo á torcer, lo contrario: con muy poco gasto se arreglaba aquello magníficamente; podrían criar cerdo, palomos y gallinas; tener una cabra para la leche: el huerto, que cultivarían ellos mismos los domingos, por puro entretenimiento, les proveería de verduras; si llegase á convenir, alquilarían el piso bajo; en una palabra, metidos allí serían unos reyes, el castillo les daría la vida. Luego, ante la terquedad de su mujer y para no dar qué decir, una vez que estuvieron en la villa, se avino á venderlo: de fijo que se lo compraría, pagándolo bien, el señor Vives, aquel vanidoso de la Granja.



V

El castillo fué la perdición de don Magín. La tacaña de doña Tula le echaba en cara diariamente la adquisición como una gran desgracia, como un disparate que sólo podía ocurrírsele á un hombre falto de sentido común, incapaz de dirigir una familia, de llevar la dirección de una casa. Y no bastaba que el notario opusiese á tales reconvenciones que el primer paso en aquella adquisición se debía precisamente á quien tanto le recriminaba.

—Yo no conocía el castillo más que por de fuera.

—Ni yo tampoco.

—Obligación tuya era mirarlo más despacio; esos no son negocios de mujeres, pero sí deber de vosotros. Y ya estoy cansada de oír que la culpa es mía; yo no te aconsejé sino que le prestases los primeros trescientos duros al veinte por ciento, y todavía tú se los diste al doce. Tú y sólo tú tienes la culpa; tú, que toda la vida has sido un soñador y nada más, que sin mí no hubieras hecho nada positivo, sino disparates sobre disparates y siempre disparates. Estaríamos ahora cargados de tierras para engordar á los labradores y nosotros royéndonos los codos.

—Pero, mujer, ello se venderá; ese vanidoso de la...

—Vuelta con el vanidoso. El vanidoso eres tú, que has soñado toda la vida con fincas. Siempre me sales con el vanidoso de la Granja, como con un dulce para hacerme callar. ¿Te figuras que soy una chiquilla que se chupa el dedo? Nadie te comprará aquello sino á precio de piedra. ¡Parece mentira que la gente te confíe escrituras y testamentos! Pobre

de tí, si yo me muriese: bien apurado te verías.

Y un día tras otro, á la hora de comer, á la hora de cenar, á la hora de acostarse, siempre estas quejas, siempre las mismas inculpaciones quemaban la sangre al pobre notario, y de ello se resentía su quebrantada salud. Parecía que le hubiesen metido un clavo en el corazón y que cada día lo hundiesen más y más con nuevos martillazos. Don Magín iba perdiendo carnes, gastando paciencia, oyendo angustiado aquellos vituperios, arrojando á solas la comida con la revuelta bilis, hasta que cierta noche, tanto y tanto insistió doña Tula, que el hombre no pudo más:

—¡Basta! —dijo, — ¡basta! Acuérdate de lo que eras antes de casarte conmigo: mi criada. Recuerda lo que me trajiste en dote: la ropa que yo te había regalado... Recuerda lo que te devolví con el casamiento; no quiero decirlo, demasiado lo sabes tú. Recuerda quién ha ganado el dinero que tienes, que me ocultas, que me niegas hasta para comer... Yo, yo, con mi trabajo. Tú no puedes pedirme

cuentas, no tienes derecho á ello. Calla de una vez, y si no te encuentras bien á mi lado...

No pudo terminar la frase; se le doblaron las piernas, nublósele la vista y cayó tendido en tierra. Una congestión lo



mató en dos días. Murió en brazos de su escribiente y de un vecino.

Inmóviles quedaron uno y otro largo rato, contemplando al muerto en la retirada alcoba, donde los dos rayos de sol que se filtraban por los mal encajados postigos llegaban convertidos en luz grísea. Inútil era su duda, rezago de la última esperanza á que se cogen los vivos para detener en vano el escape del alma: es-

taba muerto y bien muerto. Sus ojos vidriosos, la boca negra y abierta, la hinchada mano puesta sobre la sábana, tenían la triste inmovilidad de la piedra. La amarillez de la piel tomaba, á la luz aquella, un tinte azulado que hacía más angulosos los pómulos, y sombras amoratadas parecían demacrar más, por momentos, toda la cara.

Convencidos de la triste verdad, salió el escribiente para noticiarla á la viuda, con el encogimiento que naturalmente causa un mensaje de esta naturaleza. El pobre hombre había perdido la noción del tiempo y creía que hasta la del espacio; no encontraba á doña Tula en ninguna de las habitaciones. Por fin llegó al comedor y hallóla comiendo tranquilamente. No antes de abrir la boca, que demasiado se la hizo abrir la sorpresa, pero sí antes de mover los labios, lo hizo retroceder la viuda, pronunciando con pausa y voz imponente las siguientes palabras:

—No quiero saber nada. Es la hora de comer y cómo. Después me dirá usted lo que ocurre.

El pobre escribiente, á pesar de conocer el egoísmo de aquella mujer y de haber presenciado la frialdad de los últimos días, quedó espantado como ante una traición alevosa. Y corrido y enervado por la pena, volvióse junto á su compañero y miró al muerto con mayor compasión.

—¿Qué hacemos? Se enfriará... hemos de vestirlo.

—Esperemos un poco,—respondió con temblona voz el escribiente.

Y el rubor que le subió á la cara le impidió delatar, ni aun indirectamente, á doña Tula.

Pasaba el tiempo, é insistía el vecino con natural indiscreción; pero su compañero calló con toda la firmeza de un alma honrada, hasta que, oyendo ruido por el interior de la casa, creyó llegado el instante de salir, é hizolo así, aunque le repugnara mucho, por no enviar al otro.

—Puede usted figurarse,—dijo con voz áspera que no pudo dulcificar,— que no vengo á darle á usted noticia alguna, sino á pedirle ropa para amortajarlo.

Doña Tula sacó, sin inmutarse, un papel doblado, que mostró al escribiente.

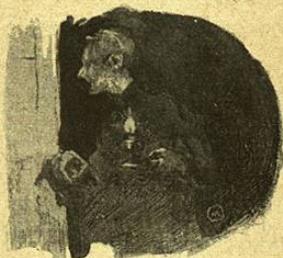
—Mire usted; es de letra de Magín, que usted conoce; aquí está su firma, que usted conoce... ahora bien, esto es su codicilo, en que dispone... léalo... que su entierro sea de pobre. Amortájenlo con la sábana.

Y dicho esto, volvió la espalda, dejando de nuevo al escribiente más espantado que nunca.

Pero aquella noche, cuando doña Tula entró por vez primera en la alcoba para apagar la lamparilla, única luz que permitió encender al lado del difunto, vió con sorpresa que éste no se hallaba amortajado con la sábana, sino con un traje negro. Acercó la luz, tocó la ropa, y al sospechar que era el traje nuevo del escribiente, no pudo evitar que el fuego de la vergüenza le encendiese la cara. Y cuando su mirada cayó sobre el demacrado rostro del cadáver, en que parecía haberse petrificado el sello del martirio, un grito de la conciencia le hizo palpitar el corazón y exclamar con voz confusa:

—Dios te haya perdonado, Magín.

Sopló la lamparilla; y con una luz en la mano, salió enteramente pálida, mientras que sobre el muerto caía la negrura de las tinieblas.



VI

Demasiada buena pasta tenía el tío Pedro de las Borjas para no aceptar la avenencia propuesta por el notario. Pasado el primer pronto, llegó á sentir algo así como piedad hacia el Esgaña-pobres, á quien había abofeteado impunemente, y se apenó por ello como si hubiese pegado á un enfermo. Volvió á brotar, por otro lado, su amor á la tierra que por tanto tiempo cultivara, y no se hubiera marchado sin remordimiento de conciencia dejando las cuentas por arreglar. Eso de no pagar afrontando hasta el presidio, se dice en el calor de la disputa; convertirlo en hecho el hombre honrado, cuando se apagó el coraje, ya es distinto.

Por eso, cada cual permaneció en su sitio, fuera de Eloy que era, en efecto, jorobado de cuerpo y alma. Él no se andaba con repulgos: *si lo veta por allí*, se perdía; sólo el poner tierra por medio podía librarlo de una venganza que, tal vez, costaría cara á uno y otro. Y habiendo hablado en esta forma, se echó al



hombro el hatillo, atado al puño del bastón, y abandonó La Coma, maravillado de que todos los demás fuesen tan *ruines* y *perdularios*.

Mas, por la lógica irresistible de los hechos, aquella avenencia propuesta por el Esgaña-pobres causó, en el orden social de los avenidos, un cambio verdaderamente inesperado. Ninguno lo previó, no obstante ser tan natural, puesto que con-

sistió en levantar al fuerte y aniquilar al débil. El colono obtuvo un caballo nuevo, cobró los gastos hechos, y sin alzar la voz, y menos los puños, desde entonces allí, en La Coma, él era el dueño: el Esgaña-pobres, si no criado, un súbdito. Toda la autoridad moral que éste había perdido la ganó el otro.

Compréndese el odio que esta humillación había de engendrar en el Esgaña-pobres quien, desde entonces, escatimó todo lo posible las idas á La Coma, con gozo y ventura de los colonos. No pudiendo prescindir de ellos, todo el anhelo del avaro fué desprenderse de la granja; pero el diantre del ferrocarril hacía esto más imposible cada día, absorbiendo, como quien dice, á la gente rica para llevarla á Barcelona. Ciertamente que no la hubiera dado á vil precio, pero ni aun así hallaba comprador.

¡Ah! qué bien decía el notario:—«¡Eso es como peste para los pueblos!»—Pratbell perecía por falta de sangre, y como todos los enfermos de un mal crónico, alimentábase de esperanzas ilusorias, que con el desengaño consiguiente abatíanlo

más y más. Hablábese hoy de una fábrica, al día siguiente de unas minas, á poco era una fuente milagrosa lo que había de regenerar la población; pero ni la fuente, ni las minas, ni la fábrica lograban existencia más que en la imaginación, consuelo de los vagos empobrecidos. Lo real era el ferrocarril, aquellos trenes de riqueza que desfilaban á la vista de todos, para huir jadeantes y con gritos de orgullo de aquel rincón de miseria que nada les importaba!

Olegario no podía ya pasar por la calle de la Roca sin que le destrozara el corazón la vista de su antiguo almacén cerrado; iba á la posada de San Roque y en vano buscaba allí todo aquel enjambre de carreteros, á quienes siempre falta *una hora, un palmo de cuerda* (1) y dinero, que él prestaba con tanto provecho. El amodorramiento que reinaba por todas partes lo consumía como en la granja, sin que Las Paradas ni el Huerto de los Mínimos le pudiesen dar consuelo, porque

(1) Locución usual entre carreteros catalanes, para denotar la pereza y la charla con que se les pasa el tiempo.

los tenía arrendados. Acabó de chafarlo la muerte de don Magín, porque con ella quedábase sin consejero y amenazado de alguna mala pasada de la señora Tula, que lo arrojase del castillo donde hallábase ya como el pez en el agua.

El castillo, sí, el castillo era su único consuelo. Tantos ascos como hiciera de él en un principio, y tan á gusto como se halló en él después. Para aquel hombre huraño, ningún edificio mejor que aquél, apartado de la villa por una cuesta peligrosa y visitado únicamente, de tarde en tarde, por algún forastero que sólo se preocupaba de las piedras. Aprovechando el indiferentismo, por no decir odio, con que sus dueños lo miraban á causa de las disputas, se enseñoreó de todo el caserón, lo escudriñó de arriba á abajo, hallando un sin fin de escondrijos que causaban sus delicias. Hizo cambiar la cerradura de la puerta exterior, encontró en el huerto un buen tronco de cerezo para barrote, apeó fuertemente las ventanas más desencajadas; y asegurado así, sin más compañía que el mulo mordedor, osó ya entregarse á una especie de juego por

demás extraño. Consistía en distribuir las talegas por diversos rincones de distintos pisos, y en pasar largas horas de la madrugada y de la noche recontando las onzas y doblillas, variando cada día de sitio los saquillos. Tan pronto el talego que había escondido abajo en la bodega, pasaba á ocupar el agujero de viga del desván, de donde sacaba otro, como éste era colocado en el escondrijo de la bodega ó en un rincón del primer piso, ó debajo del ladrillo del cuarto oscuro, si no era entre la paja del establo ó en el montón de la ceniza. Visitábalos así uno por uno, haciendo estaciones ante ellos con fervor religioso en que desplegaba toda la idolatría de que habla San Pablo, se los ponía un rato sobre el corazón, y con las mudanzas de sitio y las diferencias notadas al contar, forjábese la ilusión de ser más rico. Sin buscar mucho, halló por desvanes y almacenes puertas viejas, trozos de viga, despojos de muebles carcomidos que le servían de leña para cocer las gachas, así como los libros de don Guillermo para encender el fuego. Descubrió también media tinaja de aceite ran-

cio con que alimentar su candil hasta Dios sabe cuándo, y en sus registros adquirió la manía de buscar los tesoros que por fuerza había de haber enterrados en el castillo. No quedó palmo de pared que no golpease, primero con los nudillos, después con una maza de hierro, ni vara de tierra de la planta baja que no removiese con su azadón.



De aquí que con los oscuros ruidos y con los viajes luz en mano que clareaba en la negra noche por los resquebrajados postigos de todos los pisos, empezaran los vecinos del callejón á decir que había duendes en el castillo, á forjarse fantasmas y espantables historias, cuando más contento y tranquilo estaba nuestro hombre. Si alguno no creía estas cosas, apa-

rentaba crearlas, sólo por contribuir á que abandonase aquellos sitios el Esgaña-pobres. De este modo la fama se esparció por la villa antes que él se advirtiese de ello.

Cuando la noticia llegó á doña Tula, le produjo gran turbación.

— ¡Adiós, ahora sí que no lo alquilo, ni lo vendo nunca! ¡Ahora sí que ni yo podré instalarme allí!

Tres meses hacía que don Magín había muerto, y borrados ya los resentimientos antiguos que en el primer instante la llevaron á mirar aquella pérdida como una gran ganancia, doña Tula comenzaba á sentir el desfallecimiento de espíritu de toda viuda. Un tío del difunto la amenazó con pleitos; rodeábala la más grande soledad; el honrado escribiente no quiso pisar más aquel despacho, que hubo ella de fiar á quien menos confianza le inspiraba; los honorarios que por convenio con el sustituto había de cobrar, eran fuente que iba agotándose y que se agotaría por completo el día en que el nuevo notario se llevase el protocolo. La manía de verse robada aumentábasele por momentos; y reducida

para vivir á escatimar los escasos productos que sacaba del escritorio, veía, estremeciéndose, llegar el día en que no pudiese ahorrar los réditos del dinero prestado, que era su capital. De los alimentos, del vestido, de sus necesidades diarias, no podía ya escatimar nada más aquella miserable; sólo un ahorro le quedaba por hacer, el del alquiler del piso, y estaba dispuesta á hacerlo en seguida que perdiese el protocolo, trasladándose al castillo, si no hallaba arrendatario ó comprador. La noticia aquella, pues, tenía que azorarla, y para salir de dudas hizo llamar á Olegario.

Precisamente hacía tres días que, contra su costumbre, Olegario volvía á La Coma, donde pasaba largas horas. Era á mediados de Junio: los campos estaban llenos de verdor, los cerezos y perales de San Juan cargados de fruta, la huerta tenía una abundante cosecha de tomates, pimientos, berenjenas, habichuelas y ajos; la uva empezaba á verdecer, y dentro del cercado, los colonos trillaban los rubios haces de trigo á la deslumbradora luz de un sol esplendoroso y entre una

atmósfera de oro. Ya no era aquello la tierra muerta del invierno, tan avara en dar como cara de mantener; era, por todas partes, un raudal de riqueza, que enternecía á Olegario. Allí contaba, en primer término, las faginas, luego los haces, después las cuarteras de grano, por fin las monedas de oro en que veía convertido el precio. En el desvarío de su pasión, ya las tocaba, ya las apilaba en montones, ya las cosía en talegos y las llevaba de arriba á abajo por todo el castillo, bien apretadas sobre el corazón. Ensanchábasele éste ante tamaña abundancia y lo arrastraba á trabajar como un negro, convirtiéndolo nuevamente en sociable. Mientras comían los colonos, desataba él su mulo y, hundiéndose hasta la rodilla en la miés preparada sobre la era, comenzaba á trillar, cantando lleno de gozo, con el ansia de terminar pronto la faena y recoger el dinero. El reconcentrado odio se le aplacaba, volvía á charlar con las mujeres, á mostrarse afable con los niños, á encontrar guapa á Cecilia y á soñar con el matrimonio. Pero su goce mayor tenía lo por las tardes, cuando, al volver á Pratbell

con los cogujones del espartón llenos de frutas y verduras, pensaba en las ya próximas ganancias de la cosecha y en la que, además, prometía para luego la viña. Lo recogido en La Coma le ahorraba el gasto de la posada; comía tan sólo verduras, cerezas y peras; y como hombre previsor, llenaba el techo de la cocina de rimeros de pimientos y guindillas, que se secarían para el invierno.

Cuando la criada de doña Tula vió, desde el fin de la cuesta, cerrada la puerta del castillo, volvió atrás, gozosa de no tener que pisar la casa de los duendes.

Doña Tula, atormentada por un recelo que la consumía, hubo de insistir dos veces más, enviándole, en la última, una carta que la criada tiró por la gatera, echando á correr inmediatamente.

Entonces se presentó el Esgaña-pobres, escuchó atentamente las penas y trabajos de aquella viuda, y se quedó parado al oír lo de los duendes. Su primera impresión fué muy semejante á la experimentada en el almacén.

—¡Conque es decir, que vuelven á fijarse en mí! pensó.

Tornóse pálido, quedó cabizbajo un momento, y, de pronto, con una mirada resplandeciente de alegría, en la cual la misma doña Tula, de haber estado menos poseída de la ira, hubiese leído un repentino descubrimiento, respondió que era verdad.

—¡Cómo!—exclamó la viuda.—¿Y se atreve usted á decirme eso?

—¿Para qué me hizo usted llamar? ¿Para que la engañe?

—¿Y se atreve usted á decirme eso?... —repitió doña Tula, roja como una amapola.

—Vamos á ver, hablemos claro: ¿qué quiere usted decir con esas exclamaciones? ¿que usted cree que yo hago eso?

—Sí, hablando en plata: eso mismo. Usted desea eternizarse allí por una miseria. Robando el pan de una pobre viuda y haciendo miedo á la gente, aleja usted así, no tan sólo á los inquilinos y compradores, sino á la misma dueña, que le molestaría.

El Esgaña-pobres escuchaba entreabriendo su hocico de hurón; y al terminar, replicó con la intención de una amenaza aterradora:

—Bien, pues, despídame. Veremos quién va allí.

—Quedará cerrado á piedra y lodo.

—¿Lo tuvo así acaso el barón mucho tiempo, á pesar de ser un bendito de Dios? ¿Acaso creará la gente que soy yo quien hace los duendes?

—Lo propalaré yo,—replicó la viuda con la imprudencia de una mujer fuera de sí.

—De eso, ya se guardará usted tanto como de morirse,—exclamó el Esgaña-pobres adelantando un paso, para dar mayor fuerza á la amenaza. Y en seguida, dulcificando la voz: —Me parece,—añadió,—que está usted mal aconsejada; si la gente tiene miedo al castillo, no lo deje usted solo, porque... le pegarán fuego.

Y en lo de «le pegarán fuego» á doña Tula le pareció oír «le pegaré,» y quedóse espantada, vencida.

—Ahora, haga usted lo que quiera. ¿Se le ofrece algo más?—añadió el Esgaña-pobres considerándose victorioso.

La anciana inclinó la cabeza sin atreverse á levantarla, consumiendo en silencio las lágrimas de despecho que la ahogaban. Y después de una pausa embarazosa,

sintió que su enemigo, poniéndole una mano sobre la espalda, decía así:

—Por lo bien que la quiero, escúcheme. Un día su marido de usted, Dios lo haya perdonado, me dijo: «Cásate, Olegario.» Su consejo me sorprendió, á la verdad, y *él*, para hacerme agradable el matrimonio, me pintó las virtudes de usted, como económica y mujer de su casa. Ni aun así quise escucharlo, por dos razones: porque ninguna falta me hacían las mujeres, y porque no se encuentran á cada paso personas tan económicas y de buen sentido como usted. Es, vamos al decir, tan difícil como encontrar hombres de mi carácter... y usted era casada. Ahora bien; después he pensado en ello muchas veces. Don Magín tenía razón: ni la mujer ni el hombre, cuando tienen algo que perder, pueden vivir solos... y la mujer menos aún, mucho menos... Créame á mí, señora Tula, cásese usted.

La aludida alzó por fin la cabeza, y chocando con la mirada aviesa de Olegario, dijo con fingida sonrisa:

—¿Es decir, que usted sabe un modo de capitular?

—Creo que me ha entendido usted.

—¿Y entonces no habrá *duendes*?

—Nunca los ha habido.

—¿Pues qué decía usted hace poco?

—Veo que la gente casi lo cree, y siendo así, es más fácil hacerlo creer de veras... Ahora, falta saber que yo pago un servicio con otro servicio.

—¡Qué malo es usted! Tengo siete meses para pensarlo.

El Esgaña-pobres sacudió los hombros con un movimiento nervioso, y metiendo las manos en los bolsillos, salió escalera abajo, dejando pensativa á la vieja.



VII

Durante aquellos siete meses fué aumentando el desaliento de la viuda al compás de las contrariedades que por todas partes se le presentaban. Vencían los réditos, y los deudores, apurados unos de verdad y envalentonados otros por la falta de don Magín, de quien no osaron reirse por su cualidad de curial, no pagaban; el protocolo había ya pasado á manos del notario nuevo; el tío del difunto seguía, en cartas y más cartas, amenazando con acudir á los tribunales si no se le restituía la parte de legítima gravada, y no hay que decir que el castillo seguía en poder del Esgaña-pobres, enteramente descartado del pensamiento de compra-

dores é inquietos. Doña Tula sentía la angustia de quien cae en medio del mar y no ve sino un barco en el horizonte, pero lejos, lejos, y que tal vez no llegará á tiempo para librarle de las voraces olas. Que el barco sea grande ó chico, hermoso ó feo, tanto da, el caso es que venga, que el desdichado náufrago pueda cogerse al cabo salvador y librarse de la muerte. Por suerte suya, el barco iba acercándose, á la vez que el oleaje contrapuesto la impelía hacia el propio barco salvador como movida de invisible imán. Era una atracción de afinidad molecular, empuje, por un lado y otro, de necesidades de una misma índole.

El estío, el abundoso estío, había pasado ya, con sus cosechas, con toda su atmósfera de oro, sustituida por otra de plomo, miserable y aguajosa; ya no se abrían los brazos del labrador por no poder abarcar los dorados haces ni las rezumantes portaderas del mosto; presentábase delante del dueño, como un pobre, siempre tendiendo la mano, mendigando siempre abonos y labores, como un sacristán cirios que el donante no veía

brillar; la tierra mostrábase de nuevo desnuda, vidriosa, muerta; y en Pratbell habíase apagado el bullicio de vida que el transporte de las cosechas le prestara por un momento, abatiéndose otra vez el pueblo con la tristeza de los días cortos y el rumoroso traqueteo de los trenes, que seguían pasando de refilón, tan burlones y orgullosos como de ordinario.

Nuevamente, pues, hallábase el Esgaña-pobres recluido en el castillo, adorando sus onzas, devorado por la pasión y muriéndose de recelo cada vez que tenía que abandonar la villa para vender frutos, porque temía más y más aquella dichosa *sorpresa*. Faltábale una mujer que fuese guardiana de las onzas; ya lo había dicho: «El notario tenía razón.» Y si por acaso, reflexionando acerca de esto recordaba á Cecilia, inclinaba la cabeza ante la fuerza de lo imposible, y quedábase aquella estrella centelleando apenas, velada y moribunda, en el cielo nublado de la pasión. Todo su amor, todas sus ternuras eran para el dinero: ¿á qué, pues, la belleza, la juventud, ni ninguno de los hechizos que ofrece la mujer á su enamorado?

De fijo que sería derrochadora, ó manirrota, como la mayoría de ellas; de seguro que le traería hijos, un séquito de necesidades costosas, sin las cuales había pasado hasta ahora muy bien. Ya lo había insinuado antes: con una guardiana tenía suficiente, y para tal oficio, ninguna tan barata é idónea como Tula. Si era mezuquina y regañona, ya la pondría él á raya; y después, como un guante! Además, era rica, otro bolsón que contar, nuevas talegas que reunir y que algún día serían suyas, todas suyas.

Con tales propósitos, el marrajo de Olegario trataba de halagar á la vieja después de haberla azorado. Visitábala á menudo, le hablaba siempre de intereses, echándosela, como quien nada hace, de rico, para engolosinarla; dábale consejos para sacarla de apuros y, alguna vez, al consejo añadía sus buenos oficios, logrando arrancar de los morosos los deseados réditos. Y si se hablaba del tío de marras, ó de algún deudor terco, saltaba en seguida con su canción sempiterna: «Es porque la ven á usted sola; á una mujer no la teme nadie.»

De este modo, y sin mediar una sola palabra de amor, fué ganándose á la interesada vieja que, por su parte, iba buscando abrigadero y también talegas. Puesto que había dominado al notario, ¿á qué desesperar de un nuevo triunfo?

La gota de agua horada la roca, poco á poco se va lejos y no falta quién va por lana y sale trasquilado. Así fueron ablandándose uno y otro, y tal vez lle-



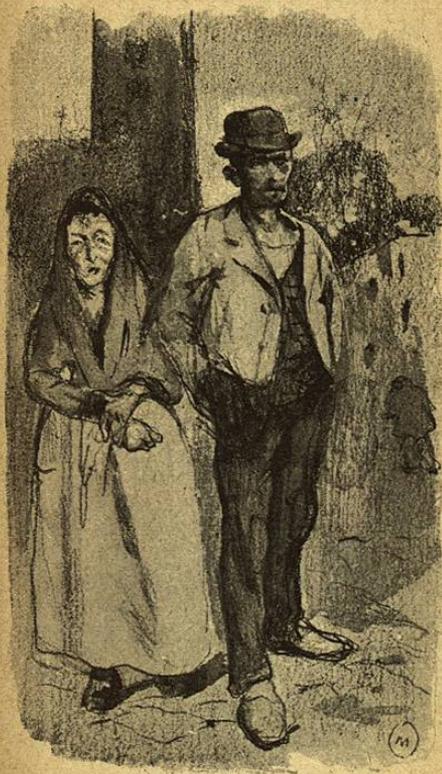
garon á figurarse hasta que se querían, al menos ella, el día en que, concertados los esponsales, la viuda le llamó á él Olegario y él masculló la palabra Tulita.

Transcurridos, pues, los diez meses de la ley, el matrimonio se realizó. No quisieron los novios pompa ni tonterías; y no por avaricia ¡claro es! sino por evitar la cencerrada y rendir un tributo al que dirán de la gente, que veía á la viuda aún con vestido teñido de negro, y, además, sabía, por boca de ellos mismos, que

los contrayentes, si no eran pobres, les faltaba poco.

Era una mañanita de Abril, encantadora y risueña por lo limpio que estaba el cielo, el perfume de rosas que traía el aire, la garrulería de pájaros que había por árboles y tejados... y en fin, porque encantadora y risueña veíanla aquellos dos seres que iban á realizar soñados deseos.

La villa dormía aún cuando la *bendecida* pareja salió de la iglesia: vestida de negro la novia, pero con la peluca algo más reluciente, la mantilla colocada con más pretensiones que de costumbre, un poco más ceñido al cuerpo el pañolón, la mirada más viva, menos arrugada la frente, menos caídas las rojas mejillas y un poco más afilada la nariz, tal vez sorbiendo la fragancia de la atmósfera. El novio, que parecía hijo de ella, iba en cambio como corrido, baja la cabeza que cubría hasta las orejas un hongo (el hongo del difunto), vestido con americana ancha y corta (americana del difunto), con chaleco de cuadros y un pantalón de color



de yesca, que todo Pratsbell conocía como prendas del difunto, cerrados los morros de aquel hocico de hurón, las manos cruzadas á la espalda, como atadas con grilletes.

Sí, era una mañanita de Abril, encantadora y risueña por lo limpio del cielo, el perfume de las rosas que impregnaba el aire, la garrulería de pájaros que por árboles y tejados había... y en fin, porque el diablo había hecho una de las suyas.

El piso del notario Xirinach quedó cerrado y con papeles en los hierros de los balcones. Trasladáronse al castillo todos los muebles, excepción hecha de la despintada mesa cubierta de bayeta y el sillón del despacho, con cuyo producto hubo para pagar la mudanza. Así, cuando la pareja llegó al palacio de sus amores, halló mesa en que regalarse con *chocolate* y bizcochos de soletilla, servido por una cojita, con repiques de muleta y todo.



Era la cojita una mendiga huérfana, que, cansada de tender la mano á la puerta de la iglesia, mudaba de oficio, desafiando el miedo á los duendes que la criada antigua no pudo vencer.

—¡Ah, si no fuese por la cuesta!— había dicho el ama, —aún prescindiría de ella. Si no da buen resultado, irá Olegario á la plaza.

Olegario salió á dar una vuelta, por si topaba con uno de los deudores más rehacios hacerle saber, enseñándole los dientes, que desde aquel punto y hora él era el marido de Tula. Ésta se pasó toda la mañana arreglando las habitaciones de arriba, donde habían colocado gran parte de los muebles del notario. Más tarde bajó y cerróse por dentro en la alcoba *nupcial*, que hallábase al término del corredor, inmediata á la cocina, y que en otros tiempos estuvo destinada á los porteros. Pero los nuevos *señores* preferían vivir en piso llano á tener que subir escaleras y atravesar aquellos salones, en que se perdían como hormigas. Por otra parte, como aquel dormitorio de los porteros lo habían habitado hasta última hora los guar-

dianes que allí tuvo el barón, hallábase bien acondicionado de cristales y maderas, lo cual ahorra gastos; daba al mediodía, resultando por ello, muy abrigado, «un rescoldo,» sin necesidad de brase-ro; abríase bajo de una torre con techo abovedado, y esto lo ponía á cubierto de incendios y ladrones. La cojita dormiría en el caramanchón del lado de la despensa, que estaba á espaldas del hogar; y de este modo, atrancada la cocina, quedaban cerrados y resguardados por una puerta más: tres, contando la exterior.

Reuniendo tales condiciones, bien podían, pues, escoger aquel dormitorio, prescindiendo de si la cal de los muros estaba ya demasiado sucia y desconchada en algunos sitios, como mostrando úlceras de piedra, y haciendo caso omiso de las dimensiones de la alcoba, que, con la cama matrimonial arrimada á un ángulo, apenas si permitía la adición de una silla. Pero ya en la salita cabían tres, más la cómoda de Tula, encima de la cual colocaba su tocador, un baúl, un palanganero de madera y, colgada de una al-

cayata, la carabina de Olegario. ¿Qué más podía desear un matrimonio modesto?

Comieron frugalmente, *porque estaban en primavera*, y después le dieron licencia á la criada para que se fuese.

—En algo se ha de conocer el día de hoy,—le dijo doña Tula que, desde la muerte del notario, había perdido el *don* para todo el mundo, excepto para las criadas,—anda, vé á divertirte un poco.

Y cuando resonó la muleta en las losas del patio, la esposa llamó al marido, que estaba dando piense al mulo, cerraron el castillo, y pasáronse la tarde entretenidos abriendo en la alcoba un escondrijo que taparía la cabecera del lecho.

—Has tenido una gran idea,—exclamó Olegario una vez hubo abierto aquel gran hoyo en el muro.—Nadie sospecharía que estuviese aquí el dinero.

—¡En sitio tan reservado, hombre! ¡Oh, y que todas las noches le podremos dar una miradita, con sólo descolgar la cabecera! ¿ves?

—Hasta contarle, si queremos,—añadió el marido.

—¡Ah, bribón! ¿También te gusta á tí contarle, eh?—dijo la esposa, haciéndole una carantoña, muy enternecida por diversas causas. Y luego:—Bien, veamos, ¿cuánto pondrás tú?

—Yo, todo; ¿y tú?

—Todo también, si no me engañas.

—¿A qué conduciría engañarte? ¿No hemos hecho testamento dejándonoslo todo recíprocamente? Luego, todo lo tuyo es mío...

—Y mío todo lo tuyo,—saltó Tula sin dejarle completar el pensamiento.

—Claro es, mujer.

—¡Sí, pero el dinero tiene tantos azares!... ¡Un testamento se hace y deshace tantas veces!...

—Buena gana de gastar en papel sellado. Pórtate bien, y no tengas miedo. ¿A quién quieres que lo deje sino á tí? En mi casa nada me dieron: que trabajen.

Y al decir esto, llamó á la puerta del castillo la cojita, á quien vieron desde la reja de la cocina.

—Oye,—dijo Tula, antes de salir al vestíbulo,—es cosa de que pienses en encargar la puertecita para el escondrijo.

—Mañana la clavaremos.

Y cuando á media noche dormían, unos golpes secos y hondos hicieron temblar bajo la grosera sábana á la cojita, mientras que, no menos tembloroso, Olegario incorporábase en la cama, aplicando el oído sin atreverse á respirar.

—¿Qué es eso? —preguntó la esposa ahogando un chillido. ¿No me habías jurado que era mentira lo de los duendes?

—Calla... calla...

Oyéronse otros golpes sordos y profundos.

—¡Maldito sea el mulo! —exclamó al fin el marido. —Él es, él es.

Y con tono ya natural, añadió entonces:

—¡Diantre! cuando yo dormía en la cuadra, como que lo tenía al lado, no me daba estos sustos. En esta casa todo resuena... Desde aquí parecía el pico de un minero. Pero es la Avispa, no te asustes.

—¿Estás bien seguro de ello?

—Sí, mujer, puedes dormirte.

—Es que nada me asusta más que los ladrones.

—Cuando yo era un pelagatos no tenía miedo á nadie; ni lo tendría tampoco aquí

dentro, por eso... Ahí está la escopeta, y figúrate si lo defendería... porque no es la vida lo que me duele, no... el dinero, la burla, la burla de que te arrebaten lo que tanto te ha costado reunir...

—¡Jesús, María y José! ¡otro golpe!

—Es él, no te asustes. Lo que yo temo es una sorpresa en campo abierto, que me cojan descuidado. Por eso quiero advertirte una cosa: oye, no te tapes con la sábana; te aseguro que es la Avispa, ahora más bien hace compañía... Oye bien: mira no te dejes sorprender nunca; si alguna vez faltase yo de casa, y recibieras una, dos, tres ni veinte cartas pidiendo dinero por mi rescate, aunque vieses mi firma, aunque vieses mi letra, aunque te lo pidiese por Dios y los santos, nunca, nunca dés un cuarto de los míos. La vida, ya cuidaré yo de salvarla. He escapado de muchos trances en este mundo: lo que importa es tener bien seguro el dinero. Ni un cuarto, ni medio céntimo, ¿lo oyes?

—¡Calla, hombre, calla; vaya una conversación! Estoy toda temblando; durmamos ahora, durmamos.

Calló Olegario y la esposa volvió á dormirse murmurando interiormente:

— «Ni un cuarto de los míos...» ¡vaya un tuno!... si acaso que lo pague la mujer, ¿eh?

Tal fué aquel día de boda.



VIII

Si Tula y Olegario no formaban un matrimonio en el recto sentido de la palabra, constituían sí un contubernio bien ordenado y útil *para sus fines*, una pareja en que no había divergencias, sino que marchaba unida bajo el yugo, siguiendo derechamente el surco marcado, con iguales miradas y con la misma paciencia de los bueyes, y hasta con las mismas coces: coces, sin embargo, disimuladas é incapaces de estropear á aquellos badulaques, ni aun de llamar la atención de la cojita.

Olegario cuidaba los intereses de los dos como los suyos propios, tanto que, á veces, hasta mezclaba en el mismo saquillo los réditos de uno y otro, gastándole á ella la broma de que aún no le habían

pagado; echaba el dogal á cuantos deses- perados la crisis de Pratsbell ponía á su alcance; atesoraba, empezando por las cosechas y acabando por los muebles arrinconados en el primer piso, todo lo que la aludida crisis le permitía atesorar; y á aquel pedigüeño mediero de La Coma, que, no contento con pedir su parte, siempre estaba llorando por abonos y planteles, lo iba engañando con buenas palabras y algún puñado de leña del bosque.

Del único de quien no había podido deshacerse por cartas era del tío del notario; pero no desconfiaba de traerlo á partido en un viaje que haría antes de terminar el año.

Por su parte, Tula cumplía como centinela aguerrido. No se movía de casa como no fuera para descubrir las mencionadas bromas, encarándose personalmente con el deudor y amansándolo al punto con una risotada y una frase candorosa, que pasaba con gran zozobra por sus labios febriles:

—¡Si ya lo sabía, hombre! lo dije tan sólo para ver qué cara ponía usted.

Llegaba á casa y, echando fuego por los ojos, pero en voz baja, revelaba el descubrimiento al marido, que respondía poco más ó menos lo que ella, y con igual risita soltaba los cuartos.

—Bien, no me vuelvas á gastar tales bromas. Donde tenías este dinero más debe de haber. No creo que lo tengas todo en el escondrijo de la cabecera de la cama, no.

Fuera de estos atrevimientos, Olegario no podía quejarse de su mujer. Ella le zurcía, estiraba y guardaba la ropa, como al notario; ahorraba hasta lo inverosímil; le ayudaba á sacar cuentas con pasmosa facilidad. Luego, por las noches, cuando la cojita dormía, ambos desahogaban todas las ternuras del corazón contando, encima de la cama, las onzas del escondrijo, tropezándose las manos, despojándose de toda hipocresía, dando rienda suelta á todos los extremos de la pasión que los consumía, sin miramiento ni escrúpulo de ningún género.

—Estos son los míos, esos los tuyos; después me los dejarás contar, ¿eh?

—Sí, pero tú también los tuyos, sino, de ningún modo.

Y embriagados por la pasión, promovían disputas y celos de chiquillos, y á veces se lanzaban manotazos de fiera que, una vez vueltos á la razón, perdonábanse por miedo á los testamentos y demás ligaduras. En medio de sus ternezas, teniendo abierta y apretada contra el pecho una talega, volvió Olegario, casi llorando, al tema de los ladrones:

—¡Por nada, por nada del mundo dés un cuarto! ¡Mira qué onzasas: parecen girasoles; cualquiera se deshace de ellas! Demasiado dinero tenemos fuera de casa.

—Cierto que sí. ¿Pero qué le hemos de hacer, Olegario, si no aumentan de otro modo?—exclamaba Tula con voz doliente.

—¿Cuántas peluconas tienes?

—Yo, doscientas.

—¡Eh, que escondes diez! Ayer las conté yo. Vaya, dame cinco y estaremos iguales.

—¡Al instante!

—Mañana buscaré cinco más para cada uno.

—No me la pegas, pillastre. A cada cual lo suyo.

Que sí, que no... Venían entonces las zarpadas, enseñábanse los dientes, brotándose fuego por los ojos, hasta que, de improviso, transfiguraba aquellas caras una risa bestial, y volvía á predominar el trato de la complicidad, sin pasar de aquí.

Olegario, con la excusa de dar pienso al mulo, levantábase muy de mañana, y entonces visitaba devotamente las demás talegas ignoradas de Tula. Ella, aprovechando las ausencias del marido, encerrábase en el dormitorio y, tirando de un cajón de la cómoda, sacaba del secreto las *favoritas*, que ni el mismo notario vió nunca. Por estas monedas tenía aquella mujer una especie de *fetichismo*; eran las que habían de salvarla de la persecución de la miseria, y las miraba y cuidaba como amuletos que, además de la ya mencionada, poseían virtudes curativas, como la de hacer desaparecer la jaqueca con sólo ponerse una en las sienas. En otro sitio, dentro de un cajón lleno de retales y chismes, tenía gran cantidad de ovillos de hilo de diferentes colores que, si bien guardaba bajo llave, á nadie ocultaba. Olegario la había visto muchas veces sacar un par de ellos

y entretenerse desovillando uno y ovillando el otro, como si de dos tratase de hacer uno solo.

—¿Por qué haces eso?— habíale preguntado alguna vez.

—Porque he acabado la media y no sé estarme con los brazos cruzados.

Pero luego de contestar, dejaba con cualquier excusa los dos ovillos, sobrecogida de miedo. Allí era donde guardaba las doblillas. —«Los polluelos dentro del cascarón,» — decía; y su gusto consistía en sentir el peso de ellas dentro del ovillo y saborear y retardar la esperanza de verlas lucir el dorado cordón entre el hilo que desovillaba delante de quien nada podía sospechar. Así, muchas tardes deshacía el ovillo delante de la pobre cojita, para darse el gozo infantil de hacer brillar su riqueza á los ojos de aquella miserable, sin que ésta lo notara.

—Mira cómo salta el pollito, cómo pica el cascarón. Los pobres no podéis daros estos gustos, — decía interiormente, con refinada crueldad.

Con el casamiento había además en-

contrado Tula nuevos medios de ahorrar buena porción del gasto diario de la plaza, que pagaban por partes iguales marido y mujer. Hizo que le dieran de La Coma uno de los dos cerdos, que salió para el invierno, y varias gallinas que mantenía en la cuadra, de las sobras del mulo. En el huerto de los Mínimos y en las Paradas mendigó algunos manojos de plantas, que con los rebañados de la granja por el Esgaña-pobres, sirvieron para rehacer el huerto del castillo. Ella y su marido lo cavaban á ratos y la cojita lo regaba; así, pronto tuvieron verduras para el consumo. La cojita no le resultaba cara sino de pan. Como era un azacán para el trabajo, y habituada á la miseria conocía todos los rincones en que se vende barato, resultaba excelente; así que, para retenerla, hacían marido y mujer el ligero sacrificio de privarse de la ración de pan en provecho de la muchacha. La cual, con esto tan sólo se hubiera contentado, á no haber advertido á su alrededor ciertas señales de dinero que le abrían las esperanzas para el porvenir.

—«Como no tienen hijos, será para el

primero que lo recoja,»—pensaba. Y así iba tirando.

El castillo era, pues, una balsa de aceite: los tres se aventan de un modo perfecto. ¡Lástima que La Coma no marchase de igual manera! Cuando todo el contorno prometía una cosecha de primer orden, veíase aquello arruinado, arruinado! Los sembrados no alzaban dos palmos de tierra; una alfombra de grama, salpicada de cianas y amapolas, ahogaba la viña; las verduras del huerto crecían raquílicas y con las hojas como si las hubiesen escaldado. Olegario, que no había estado allí hacía algún tiempo, cuando vió aquello perdió los estribos:

—¡Cómo se conoce que termina el contrato, tío Pedro! ¿No se avergüenza usted de dejar así las cosas?

—Mire usted, sin comer nadie pasa. Cuando la tierra pide, usted se lo niega: ya ve usted el resultado.

—La mala fe es lo que veo; eso es.

—Cuidadito con las palabras, sino volveremos á las andadas... ¿Pretendería usted quizás que me lo quitase yo de la boca? Demasiado sabe usted cuántas ve-

ces fui á buscarlo; usted ha arramblado con todas las cosechas y aún no me ha alcanzado á mí ni un céntimo, ni he podido sacarle á usted las cuentas; y ¡por vida de Dios! que desde año nuevo ya han pasado días.

—¿Y el bosque?

—Sí, el bosque, siempre sale usted con el bosque! ¿Qué puede sacarse de la maleza? En grandes apuros me he visto para dar de comer á la familia. Hasta he tenido que empeñarme, y todo por culpa de usted! Razón tenía de sobra el jorobado en decir que lo que había que hacer con usted era enterrarlo bajo de un árbol.

—Tío Pedro... desbarra usted demasiado.

—¿Y por qué me echa usted la culpa de lo que sólo usted es responsable? Todavía hará usted que pierda la paciencia. ¡Yo, que he llevado siempre tan bien esta granja! ¡Yo, que amo estos terrones porque los he regado tantas veces con mi sudor!... ¡vérmelos así, como un cementerio! Ande, vaya á preguntar á la viuda de don José si nunca tuvimos una palabra más alta que otra. Vaya usted á pregun-

társelo... Pero ya lo dice el refrán: De rabo de puerco, nunca buen virote. Antes parecía esto un jardín.

—¡Tío Pedro!

—¡Qué tío Pedro ni qué calabazas! ¿Me amenaza usted? Quien no quiera ver lástimas que no vaya á la guerra. Lo que tiene usted que hacer es volver grupas antes que lo vean las mujeres de casa, que aún se las dirían más frescas.

—Yo soy el amo, tío Pedro.

—Desgraciadamente... ¡Pero, basta ya! Vale más que hablemos como es debido, porque... ¿entiende usted? á mí las amenazas me encienden la sangre y ya sé hasta dónde usted llega y... liso y llano, no me gusta habérmelas con quien no es como yo. Métase la lengua donde le quepa y terminemos; en Junio acaba el contrato; yo ya tengo colocación; prepare usted las cuentas y el dinero y búsquese otro pobre á quien esgañar y en paz. Y desde ahora, si quiere usted creerme, no venga por aquí á menudo. No todos tienen la cachaza del tío Pedro: esta misma tarde ha estado aquí Eloy, que de entonces acá va por ahí muerto de

hambre, y si topa con usted guárdese de él, que tiene malas bromas. Créame á mí, que le paso las miserias tanto como puedo, y váyase con Dios ó con el diablo; con quien más le acomode, pero váyase.

Y dicho esto, el tío Pedro lo plantó en seco, para mejor dominarse. Olegario estaba lívido de ira; pero sabiendo cómo las gastaba su contrincante, no dió un paso; desató el mulo que había dejado al borde del camino, arrancó unas cuantas cebollas y cogollos de ensalada hasta llenar el hueco del esportón y, montando, echó á correr hacia Prاتبell.

Bullía en su corazón toda la hiel del odio y de la vergüenza, maravillándose él mismo de haber aguantado tanto. ¿Dónde estaba, pues, toda la bravura de aquel trajinante joven, que no tenía miedo á nadie ni á nada, que iba por las noches á través de despeñaderos y montañas durmiendo sobre el mulo, más confiado que ahora durmiendo al resguardo de tres puertas dentro de un castillo? Y para consolarse, soñaba con la venganza, recurso de los cobardes, la venganza del dinero, la vil

venganza de los avaros... cuando de pronto vió, sentado en la cuneta del camino, á un pobre andrajoso, cuellitorcido, á quien le pareció reconocer. El mulo, al

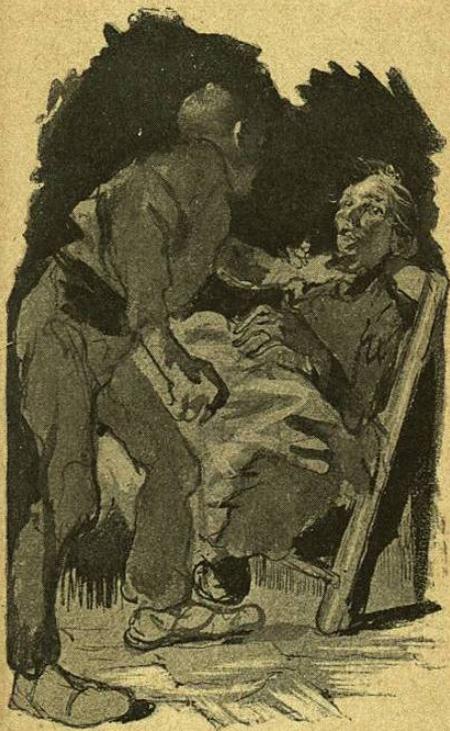


propio tiempo, empezó á bramar estrepitosamente, á encabritarse tan furioso, que sólo á puros golpes consiguió Olegario hacerlo apartar de la cuneta y emprender desenfrenado galope.

Al pasar, levantóse el pobre y, mostrándole los puños y rechinando los dientes, gritó en medio de la polvareda:

—¡Ya puedes dar las gracias al mulo, judío!

Era Eloy. Olegario recordó al momento, aterrorizado, las palabras del tío Pedro; y aquella noche, con un talego apretado



sobre el pecho tal vez con mayor fuerza que nunca, volvió á su antiguo tema:

—Por nada del mundo, Tula, por nada del mundo dés un cuarto.

Hundiendo los dedos en las onzas, casi lloraba. Jamás lo había visto Tula tan emocionado.

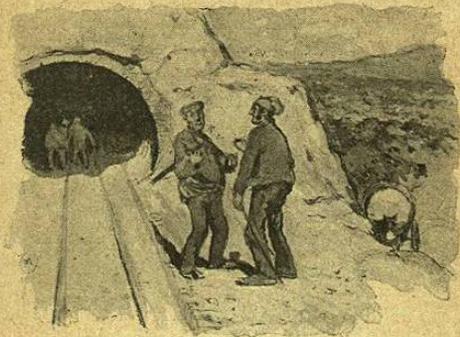
—Me estás asustando... ¿Qué tienes hoy?

—Creo que el ladrón del colono me ha robado.

Y fuera de sí, sin añadir palabra, metió la mano en el montón de Tula; ésta le arremetió, tan loca como él y le mordió en la muñeca; pero Olegario arrinconó sin gran esfuerzo á la vieja contra la silla, y agarrándola por el pescuezo, desahogando toda la ira de aquella tarde, dijo:

—¿Te figuras que soy el notario? Si vuelves á hacer eso otra vez, te ahogo.

Lo cual no fué óbice á que, al siguiente día, marido y mujer fuesen tan *amigos* como antes.



IX

Al fin, Prاتبell pareció reanimarse algo. Cierta día bajaron del tren que venía de Barcelona tres caballeros, juntáronse con Vives, «el vanidoso de la Granja,» que los esperaba, atravesaron á pie la villa siendo objeto de la general curiosidad, y á cosa de la una salieron en una tartana que los dejó al pie del túnel de Malgual.

—¿Tenemos tiempo ahora, eh?— preguntó Vives al guarda-agujas.

—Sí, señor. Pueden ustedes entrar. No pasará tren alguno antes de una hora.

La boca del túnel, especie de arco triunfal hecho de adobes, hallábase encajada en los contrafuertes formados por la cortada ladera del cerro, antes de alzarse suavemente del llano. Por medio de los contrafuertes pasaba la vía, limpia y azulada, con sus rails lucientes y sus bien aderezadas cunetas, por donde deslizábase un reguerillo de agua negruzca, procedente de las filtraciones del cerro.

Aquellos señores miraron el agua, la removieron con los bastones, que salían con la contera manchada de lodo negro, y se metieron bien pronto por las tinieblas del túnel, rotas al final por un agujero luminoso, pequeño como la boca de una mina.

—¿Conque, — preguntó el guarda-agujas al tartanero, — la cosa va de veras?

—El señor Vives dice que sí; ahora van á verlo. Un gran bien sería, pero yo me temo que sea una filfa.

—¿Quién son esos señores?

—Aquel alto, de la gorra blanca y barba negra, dicen que es el ingeniero; el de las patillas rojas he oído decir que le llamaban maestre Groch, mister Groch

ó no sé cómo. Habla muy poco y embrollado; tengo entendido que es inglés. El otro pequeñín, que lleva la bolsa á la espalda, dicen que es el amo del dinero.

—Nadie lo diría.

—No, lo que es por la vestimenta... pero gasta buen tabaco y no lo escasea. Mire qué *colilla* me ha dado.

Los interlocutores callaron al ver que reaparecían los forasteros por bajo de aquel arco que era altísimo sobre sus cabezas, no obstante parecer tan pequeño al pie del monte.

Venían conversando muy animados, y usaban palabras tales como *antractifero*, *secundario*, *hullas*, *greda* y otras por el estilo; de modo que, ni aun aplicando atentamente el oído, el tartanero, el guarda y aun el propio Vives, pudieron sacar nada en claro.

—Bien, — dijo el de la gorra blanca, — ¿vamos á ver las *calicatas*? ¿Están muy lejos?

Y sin aguardar casi la respuesta, se encaramó como una cabra por el sendero que partía del boquete del túnel, seguido de sus compañeros.

—Si han de subir hasta la cumbre...

—Sí, ya tienen para rato. ¿Hacia dónde cae el pozo?

—Nunca lo he visto, pero creo que está en la otra vertiente.

—Yo creía que era un terreno inculto.

—Sí, hombre; un erial como esta cuesta y aun falto de los pinos que por aquí verdean la mitad del monte.

—¡Qué atroz es toda esta rinconada, hombre! Para llegar hasta aquí, siguiendo el barranco, por poco si se me rompen los muelles y la tartana y los huesos del animal y todo.

—Ya lo creo. Lo raro es que hayan llegado enteros. Así que, si todo eso no es una grilla, como usted dice, lo primero que deberían hacer es una buena carretera.

—Nunca verá usted por aquí alma viviente, ¿eh?

—Los que van en el tren, que pasa como un relámpago; ni las caras pueden ver. Menos mal los de mercancías, que amainan algo y charlo con los conductores; sino, ya habría perdido hasta la manera de hablar. Todo el día

dentro de la casilla, como un bobo... Crea usted, que aquí es bien perro el oficio. ¡Es esto tan solitario!

—Tal vez ahora se anime.

—¡Ojalá! Pero Dios sabe lo que harán, si llega el caso; llenarlo todo de mala gente. Ya verá usted; ¡buenas piezas suelen ser los mineros de carbón!

—Naturalmente, un oficio tan penoso; ¿quién quiere usted que se dedique a él?... Bueno; deje que vaya a desenganchar el Pequeño.

—Sí, más vale, más vale. Ya hay para rato.

Aún les sobró tiempo a los dos para beberse una copita de aguardiente dentro de la casilla, ver pasar un tren de pasajeros que, según decía el guarda, iba como un relámpago, y charlar media hora más sobre las probabilidades de aquella explotación de minas que ni uno ni otro veían bastante clara.

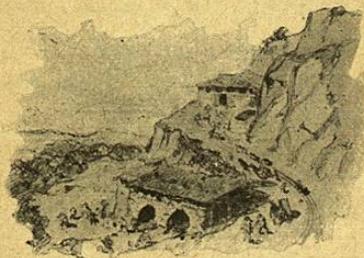
Mas por la noche, todo Prathbell la daba ya como cosa cierta; y los forasteros eran tratados, en el casino, como semidioses por todo un pueblo loco de

alegría. Aprovechando el entusiasmo, el caballero de la bolsa abrió una suscripción por acciones y el señor Vives invocó el patriotismo y la necesidad de reanimar el país. Entonces comenzaron á verse gestos de disgusto y personas que disimuladamente escurrían el bulto. Escar-



mentados los unos por el ferrocarril y entrampados otros hasta los ojos, pocos fueron los que se inscribieron en la lista. Sin embargo, reuniéronse unos diez mil duros; á los pocos días abrióse en la calle Mayor una *oficina* con un letrado que decía: «Carboníferas de Malgual,» y un centenar de hombres, dirigidos por *mister* Groc, empezaron de firme á construir en lo alto de aquel erial un caserón, un camino, un pozo y, más abajo, una mina.

De vez en cuando, el señor Vives montaba á caballo, visitaba las obras y volvía á Pratbell entusiasmado: «las Habitaciones están terminadas, el pozo tiene más de veinte metros, doscientos la mina, y se han encontrado ya pizarras



y lignitos; *mister* Groc, tan sobrio de palabras como es, da á entender que pronto llegaremos al carbón.» Después hacía la descripción pintoresca del cuadro con todos los hermosos colores que presta la alegría.

— Si vieseis, parece aquello una Babel de lenguas y trajes: valencianos, aragoneses, catalanes de la ribera del Ebro, uno con zaragüelles, otro con media corta y calzón, quien con barretina, quien con

gorra; los albañiles todos sucios de yeso, los mineros con los vestidos de lona que chorrean agua, asomando la cabeza por el pozo ó la mina, negros como escarabajos que salen de su nido; todo un hormiguero, yendo de aquí para allá en diversos sentidos. Han hecho tal revolución en las tierras, que el cerro no parece el mismo; aquí un terraplén, allá un desmonte, en lo alto una gran plaza, por todos lados carriles con vagonetas que corren solas, cargadas de tierras ó pedruscos, y se vacían ellas mismas, alargando aquellos caminitos colgados sobre el precipicio. Encima de la plaza veréis las Habitaciones, un caserón como media calle Mayor, hecho de macizos de adobes hasta la altura de unos veinte palmos, y luego, lo menos metro y medió de zampeado, también de adobes en zig-zag, para la renovación del aire. Allí se ha establecido la fragua, un departamento grande en que duermen los trabajadores y, al otro lado, aposentos para mister Groc y los capataces. Os digo que es obra de gigantes, y que sorprende hallarla en aquel grupo de montañas cubiertas de bosque, sin una

sola casa ni otra señal de vida que los trenes que se oyen retumbar en lo hondo de los derrumbaderos y mover un terremoto por dentro de los túneles.

El señor Vives comunicaba su entusiasmo al auditorio. Los accionistas palpitaban de gozo; los que no lo eran bastante arrepentidos estaban. Todo Prاتبell tenía puesta la esperanza en las «Carbóníferas de Malgual.»

Así transcurrieron cuatro meses, cuando, cierto sábado por la mañana, dejaron de abrirse las oficinas. Mister Groc bajó á la villa con dos hombres para cobrar la semana de los obreros; buscaron por un lado y otro al administrador y supieron, por fin, que se había ido en el primer tren á Barcelona. Mister Groc perdió el color (1), quiso pedir prestado dinero para pagar á la gente; pero como no poseía la firma de la sociedad... Entonces se presentó al juez y al alcalde, demandando,

(1) Hay aquí, en el original, un juego de palabras intraducible, resultante de la coincidencia del apellido inglés *Groc* y la palabra catalana *Groch*, que suena lo mismo y significa *amarillo*.

con toda la formalidad de un inglés, que le abriesen las puertas de las oficinas, que se hiciese inventario, y que, incautándose de los fondos, se le entregasen los jornales de la semana. Todo el mundo le preguntó á título de qué, qué personalidad invocaba, y de ahí no los sacó. Veíase ya el hombre perdido si volvía á las minas, y lo que era peor, deshonorado; cuando, habiendo alguien advertido del caso al señor Vives, dueño del monte é individuo del Consejo de la Carbonífera de Malgual, le hizo aprontar el dinero, á fin de ahorrarse disgustos mayores.

— Tome usted, pero sólo por esta vez. Despida usted desde luego á los trabajadores, — dijo el señor Vives, blanco como la cera.

Mister Groc quedóse viendo visiones. ¿Es decir, que habría de por medio una estafa? ¡Imposible, imposible! ¿Y los doscientos mil duros suscritos en Barcelona? ¿Y los veinte mil gastados? ¡Cá! Él escribiría al presidente, y hasta iría á buscarlo. ¿Y los tribunales? ¿Y el presidio? ¡Imposible! Enhorabuena que creyesen como él en la huída de mala fe del ad-

ministrador... pero una estafa de parte del director...

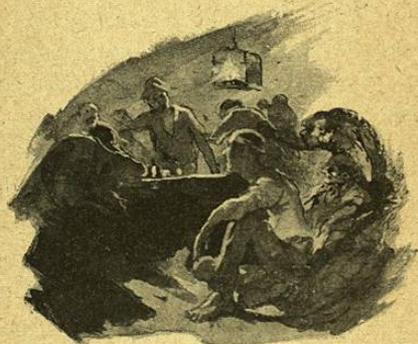
— Pues yo creo en ella, — dijo, más muerto que vivo, el pobre Vives.

El inglés volvióse mohino á las minas y despidió á todo el que, no contento con alimentarse á sus expensas, quisiese aguardar hasta el sábado próximo en que se habría aclarado la verdad. De nada le sirvieron cartas y viajes, como no fuese para arrancarle toda esperanza, hasta el punto de no permitirle volver á las minas. Escribió al único capataz que allí quedaba, y éste dió pasaporte á la docena de mineros muertos de hambre que habían confiado en el inglés; mas empujados por la necesidad y envalentonados por el número, todavía éstos despidieron al capataz á pedradas.

Una vez solos, enseñoreáronse de las llaves, de las pocas provisiones que habían sobrado, de herramientas, armas y demás cosas; destruyeron vagonetas y carretones, y por la tarde, encerrados en el aposento de mister Groc, apurando, copa tras copa medio barril de cerveza y dos botellas de *pipermín*, acordaron dar algún asalto.

Medio sentados entre la mojada mesa y la silla los que no descansaban en tierra, todos más negros que el hollín, fueron dando cabezadas y durmiéndose uno á uno, sin dejar de repetir:

—No tiene duda; de un modo ú otro hemos de ganarnos la vida.



—Si pesco al Esgaña-pobres, me las pagará, — decía cerrando los ojos un jorobado y cuellitorcido, cuya silueta revelaba ser Eloy.

Y decían esto mascullando de tal modo las palabras, y con tono tan desfallecido y tan torcida boca, que hubiérase dicho que se morían. Pero si ellos no, algo

se moría en efecto: los sentimientos honrados en los corazones y la luz de petróleo, apurada y chisporroteando, que teñía de rojiza claridad las armas esparcidas sobre la mesa.



X

Entretanto seguían las cosas en el castillo del mismo modo, poco más ó menos: Tula, recelosa y atemorizada por el nuevo marido, haciéndose propósito de no morderle más, pero no perdonándole tampoco la tentativa de ahogarla que tuvo; Olegario, administrando los bienes de uno y de otro, buscando en balde quién le arrendase La Coma, lamentando la pérdida que aquel año le había traído la conducta del tío Pedro y el ajuste de cuentas en que todavía el colono, por buena componenda, le arrancó cincuenta y cuatro duros y nueve reales y medio; marido y mujer, cada vez más ciegos con el dinero y más amilanados de quedarse pobres algún día.

Engolosinado por las cosechas del primer año, el Esgaña-pobres no podía consolarse de las pérdidas del segundo; ni Tula podía conformarse á la entrega de las trescientas libras que hubo que hacer al tío de su marido para llegar á una avenencia. Verdad es que la legítima reclamada subía á quinientas; mas para alcanzar semejante rebaja no valía la pena lo que les costó en cartas y viajes. Olegario no había sido bastante listo, si no es que, convenido con el otro, no se embolsó al salir de casa del notario un rollo de duros. Calculaban los dos que aquel año, de un lado y otro, entre lo dado y lo que se dejó de ganar, lo menos habían perdido seiscientos duros. ¿No había, pues, motivos para atemorizarse?

Por eso Tula, no sólo ahorraba más y más, sino que hacía media para fuera de casa en todos los ratos posibles, y cuando ella la dejaba emprendíala la cojita. Del mal el menos: siempre se sacaba de ocho á diez reales por semana. De ellos, daba dos á la muchacha, que era quien había hecho casi todo el trabajo, é iba amontonando los otros, cambiándolos en

monedas de oro tan pronto como la cantidad lo permitía.

Movido del mismo temor, no hallando comprador ni mediero, el Esgaña-pobres decidióse á cultivar por su cuenta parte de La Coma, con su mulo y algún que otro jornalero que, por no encontrar trabajo, se alquilaba á mitad de precio algún día, ó con los pobres transeuntes que, de camino, querían ganarse el pan de la posada. Alejados los enemigos y con una pistola en la faja por si acaso, creíase enteramente seguro en La Coma, y eran pocos los días que dejaba de ir allá, con jornaleros ó sin ellos, mal que le pesara. ¡Dichosa Coma! Nadie la compraba. ¡Maldita granja! La Coma era su tormento; pero iba á ella, y la única precaución que tomaba era la de volver al castillo antes de ponerse el sol.

Sin embargo, un día hízose de noche, tan de noche que Tula y la cojita no pudieron aguardar más sin cerrar las puertas, y el hombre no llegaba. Lo esperaron todavía una hora, desoladas y con sobresalto, más bien por hallarse solas que por lo que á él hubiese podido ocurrirle, y

acabaron por adormecerse y buscar la cama. Muerta de sueño, Tula se acostó sin hacer la acostumbrada visita á su tesoro; pero, á media noche, una pesadilla la despertó, llena de alucinaciones terribles.

— ¡Si se habrá escapado robándome!

Encendió luz y, echándose encima unas enaguas, nerviosa y febril, comenzó á forcejear la pesada cabecera con bravía temeridad. Bregando y más bregando, logró al fin su propósito, aunque inundada de sudor, rendida y asustada por el golpe que produjo la madera al caer en el suelo; pero ya veía la puerta de su sagrario, abrióla con la llave y tocó á la postre, no sólo sus monedas de oro, sino las de Olegario también. Allí podía mezclarlas, extenderlas sobre la cama sin peligro de que él la ahogase, nadar en un mar de oro; de ella era todo, era más rica, era feliz.

* * *

«Tula, — decía un papel que halló al pie de la puerta la cojita, á la mañana siguiente, — Tula, por Dios y por los san-

tos y toda la Corte celestial, no tengas presente mi prohibición; estoy preso, amenazado de muerte; deja *mil duros, mil sin faltar uno*, al pie de la verja, á mano derecha, esta noche, y no avises, por Dios, á la justicia, sino soy hombre muerto; míralo bien, que es mi letra y pongo mi firma, *mil duros*, sin que falte un ochavo... Tula, soy yo, tu marido, no te engañe, padezco mucho, no digas nada; pon *mil duros* bien empacuetados, que se los puedan llevar en un momento; no aceches, no quieras saber quién va á buscarlos, sino luego lo pagarás tú. *Mil*, ni un céntimo menos.»

Hundidos los ojos por la fiebre de la noche pasada, leyó Tula con no poco trabajo aquello, escrito con letra temblona, en un papel tan arrugado y sucio que lo hacía casi ininteligible. La cojita, al ver que mudaba la color y presintiendo lo que pasaba, exclamó angustiadísimamente:

— ¿Qué le sucede al amo? ¿Está preso?

— Calla, bachillera. ¿Por qué ha de estar preso? — respondió Tula indignada clavándole la mirada hasta el alma.

—Podrían ser ladrones.

—Los ladrones no buscan á los pobres. Date tres puntos en la boca y déjame en paz.

Y rompiendo el papel en mil pedazos, los echó al fuego y se pasó el día enfurruñada, metida en la alcoba, huroneando por el primer piso, por los rincones más oscuros del castillo, subiendo y bajando, yendo y viniendo como rata emponzoñada, y no dejando salir ni al umbral de la puerta á la cojita. Al llegar la tarde cerró el castillo, se metió todas las llaves en la faltriquera y no pegó el ojo en toda la noche.

Al día siguiente, antes de que se fuera la cojita, salió al patio, abrió quedito la puerta grande, y en el umbral halló un segundo papel sujeto por una piedra:

«Tula, es la última palabra; si alguien ha cogido aquellos *mil*, pon allí otros tantos, en el rincón derecho de la verja, cubiertos con hierba. No te pido nada tuyo, antes bien, luego, yo te lo prometo, te lo juro, te daré mil para tí, ponlos sin miedo, nadie te hará nada, sino, sí. No te acuer-

des de lo que te decía; me desdigo desde ahora, no te pediré cuentas, no, hasta besaré el suelo que pises, me habrás salvado de una muerte espantosa, mira si te deberé, te lo daré todo, todo. Tula, por Dios, no puedo más, sálvame, mañana será ya tarde.—OLEGARIO.»

Leyó esta carta tres veces, fijándose en las frases «última palabra,» «sino sí,» y «mañana será ya tarde;» ésta, medio borrada evidentemente por una lágrima. Quemó el papel, despertó á la cojita, y de nuevo se la vió rondar toda la mañana por el castillo con gran turbación, hasta medio día en que, atravesando la cocina con el delantal cargado, encorvada por el peso que llevaba, entró con risueño rostro en su alcoba, cerrándose por dentro. Había encontrado tres talegos bajo de un ladrillo del cuarto oscuro, y contando y recontando las monedas de oro no salió á comer hasta las tres.

Todavía no se había puesto el sol cuando cerró y atrancó el castillo; y al encontrarse sola en la alcoba, abrió el escondrijo, abrió la cómoda, contó sobre

ella mil duros en doblones de á cuatro, los apiló formando dos columnitas de oro airosas y relucientes que la hechizaban. Y bailándole los ojos, encantada, se lanzó á abrazarlas exclamando:

—¿Quisierais quitarme esto?... ¡No, no, no me lo quitaréis!

Las columnitas se derrumbaron, formando un gran montón de oro. Entonces, más nerviosa é impaciente que nunca, recogió los doblones, y con ellos los del secreto y los ovillos de las dobillas, llenó enteramente un ca-



pazo, se lo puso sobre las rodillas, y abrazándolo celosa, como la madre al hijo que va á morir, pasó toda la noche en la silla, al pie de una ventana, escuchando con angustia, acurrucada, el más insignificante ruido.

—«La última palabra; mañana será ya tarde.» ¡Oh, tanto mejor! Vuelve ahora á

estrangularme... Yo dueña de todo; ya te he descubierto un escondrijo y otros te descubriré todavía; todos, todos, ¡ladrón, avaro, miserable! ¿Por qué te casaste conmigo? Para heredarne, para cogerlo todo, porque yo era vieja y creías durar más que yo. Y ahora quieres enternecerme. No, no lo lograrán más que éstas; sí, vosotras, hijas más, vosotras... Y ahora tratas de meterme miedo con lo de «sino, sí...» Si tú te mueres, yo ya me libraré. Que pasen esta noche sin venir... ya me arreglaré mañana... Y si vienen, aquí, aquí con vosotras me encontrarán; ¡mi última mirada será para vosotras, hijas más! Pero no; mañana, si él no vive ya, los denunciaré, iré á ver al juez, lo removeré todo para que los persigan, pediré guardia civil para el castillo.

Y al decir esto, encenagada en su pasión, loca, fuera de sí, estrechaba convulsivamente aquel capazo contra su corazón agitado. Las horas que iban sonando en el reloj de la iglesia, pausadas y tristes como lágrimas sonoras del tiempo que moría en la soledad; un ladrido aislado; el silbido de un tren de mercancías que,

largo y quejumbroso, rompía el silencio; la ventana que crujía al soplo del viento, ó la onda de éste que llegaba cargada de los soñolientos rumores de los campos, la sobresaltaban, la llenaban de miedo, se le figuraban la voz, el paso, la respiración de Olegario, que venía escapado á cogérselo todo, á robarla hasta la esperanza del entrevisto porvenir. Otras veces no era él, sino los ladrones, toda la cuadrilla que se acercaba para asaltar el castillo. Y de nuevo imperaba el silencio, y el espíritu volvía á emprender sus luchas, acariciando el deseo de un completo triunfo. Después, un grito de la conciencia acusadora la alarmaba, haciéndola exclamar interiormente:

—No, no hago más que cumplir sus propias órdenes. ¿No tuvo, él mismo, presentimiento de ello? ¿No decía que por mucho que me lo pidiese no diera yo nunca, nunca, un ochavo? ¿Qué haría él en mi caso? Todavía recuerdo la primera noche: «ni un ochavo mío.» ¡Ah! ¿es decir, que lo tenía que pagar yo? Mira cómo hoy se desdice; ahora ya habla de lo suyo y hasta me promete recompen-

sa. Esto me demuestra lo que él hubiera hecho por mí. Pero no, no; sus órdenes, las órdenes que daba estando sereno; esas son las que he de acatar, no las que tal vez le dictan los mismos ladrones. ¡Oh, sí! los ladrones se las dictan: él, no. Por eso hay una amenaza. Los ladrones, los ladrones: él no las daría, porque él se escapará, se escapará!

Y así divagaba y se contradecía y morriase de angustia ó se dejaba llevar por las ilusiones, perdida la mirada en las tinieblas de la noche, abrasada por la fiebre de la inquietud y del amor que por su tesoro sentía.

Y á la mañana siguiente, muy de madrugada, abrió de nuevo el portal, llena de inquietud. En el rincón de marras no había papel alguno. La alegría la produjo un desfallecimiento.

—¡Ah!... respiro... mío es todo... ¡ya soy feliz!



XI

Ocho meses después, Pratbell despertaba de veras. No todos los viajeros habían pasado indiferentes vía arriba y vía abajo. Algunos se habían fijado en las condiciones naturales de aquel territorio; y como años antes vertía allí Urgel carretadas de trigo, la industriosa Barcelona llevaba ahora dinero. Hablábese ya de preciosos *châlets* que proyectaban construir allí algunos barceloneses, para pasar el verano; los viejos molinos, medio hundidos y con

sus ruedas carcomidas, quedaban derrotados ante la colosal fábrica harinera que cerca de ellos estaba construyéndose; el castillo, comprado á la viuda por tres mil duros (á precio de la piedra), era demolido entre nubes de polvo para levantar en su puesto una gran fábrica de hilados; la explotación formal de las minas sería un hecho. Pratbell no había, pues, sufrido sino la momentánea perturbación que causa toda novedad grande y repentina. Su vida, su modo de ser adquirían nuevo empuje, forma nueva; el silbido del tren no sonaba ya orgulloso y antipático, sino como trompeta de resurrección.

Un día llegó al pueblo la comisión de ingenieros que enviaba la nueva compañía carbonífera para estudiar las exploraciones hechas y el estado de las obras, á fin de reanudar en seguida los trabajos y reintegrar á los estafados accionistas.

La casucha con tanta prosopopeya llamada «Habitaciones,» estaba deteriorada, sin cristales, sin puertas, acribillada de goteras; la forja medio enterrada; los



rails llenos de orín; los terraplenes cubiertos nuevamente de hierba; el pozo grande tapado con tablones y faginas, y, allá en el fondo del abismo, veíanse aún algunas vagonetas y carretones mezclados y el esqueleto de un mulo con la cabezada, la albarda y todos los arreos. La maleza, en cambio, volvía á brotar por todas partes; grandes matas de retama salpicaban de flores de oro aquel campo de batalla, con el imponente indiferentismo que tiene la naturaleza para con las obras del hombre.

Los ingenieros hicieron destapar el pozo y recorrieron la mina, entrando por la boca de ella, provistos de las correspondientes linternas. Al llegar á la unión de la mina y el pozo, uno de los ingenieros, al levantar la cabeza, sintió en la frente el desagradable arañazo de un objeto frío, punzante y oscilante, mientras que sus pies tropezaban con andrajos de ropa. Retrocedió un momento, sobrecogido de vago temor, para pasar nuevamente adelante más encogido, hasta hallarse en medio del pozo. Entonces él y sus compañeros notaron que del grueso travesaño de las

garruchas pendía un objeto retorcido y monstruoso lleno de agujeros y ángulos, y de silueta extrañamente humana. Acercaron las linternas y retrocedieron espantados. Era un esqueleto humano. Estaba colgado en el travesaño por bajo de los brazos, atadas á la espalda las peladas manos; apolillada barretina cubría su calavera, y pedazos del traje, hechos trizas y húmedos, colgaban pegados á las costillas y á los fémures. Sobrè aquellas paredes de carbón resaltaban con mayor blancura los huesos. Pero lo más horrible, porque trafa al espíritu la revelación de los sufrimientos que hubo de pasar el desdichado, era advertir la posición retorcida de las rodillas y de los crispados pies, y la cabeza vuelta hacia arriba, con las fauces abiertas, como si aún gritase socorro á los de lo alto de la montaña.

Quedáronse todos aterrados; pero uno de los guías, vecino de Pratsbell, revolviendo las ropas que estaban en tierra, exclamó de pronto:

— Ya sé quién es: el Esgaña-pobres... un pedazo de chaleco del notario.

Y como notase que chocaba la frialdad de su exclamación, añadió:

— Buena pieza: ¡no se perdió gran cosa!



ESTE LIBRO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO
DE ESPASA Y COMPAÑIA,
EL 15 DE NOVIEMBRE
DE 1897

